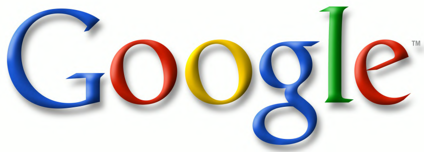
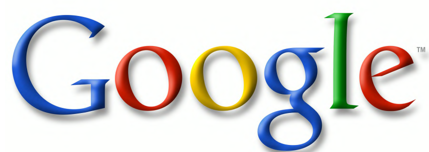



Google



LA VIDA

SANTIAGUINA

POR

VICENTE GREZ

SANTIAGO
IMPRENTA GUTENBERG
CALLE DE JOFRÉ 42.
1879

LA VIDA

SANTIAGUINA

las ciudades mas florecientes cayeron dos o tres veces al suelo desplomadas, despedazadas por los mas espantosos sacudimientos de que tenga memoria esta tierra nerviosa i epiléptica.

Si las desgracias materiales anonadan el espíritu de los pueblos viriles, ¿qué de influencias tan funestas no ejercerian esas catástrofes en el ánimo de aquella sociedad ignorante, supersticiosa i fanática, que atribuia a castigo de Dios todos los infortunios de que era víctima, que estimaba la aparicion de los cometas como profecías de desgracias, que veia en los temblores de tierra la cólera terrible de la Divinidad i hasta en los círculos de la luna señales inequívocas de futuros castigos? El cielo i la tierra no ofrecian sino signos de desgracias; la felicidad i la alegría no debian buscarse sino en la soledad de los claustros o en el fondo de las tumbas.

La ciudad misma tenia un aspecto conventual; silenciosa i triste, predisponia el espíritu a la meditacion. Sobre las bajas murallas de sus edificios caia el follaje de los árboles de los huertos, poniendo sus flores i sus frutos al alcance de los transeuntes. Los únicos monu-

mentos que se alzaban sobre las casas particulares eran los templos, en su jeneralidad de pobre arquitectura pero ricos en ofrendas, cubiertos sus altares del oro i de la plata quela piedad i el fanatismo acumulaba en ellos. En ninguna plaza, en ninguna calle o paseo se veia un solo monumento dedicado a las ciencias o a las artes, a la instruccion del pueblo o a cualquiera de esos nobles placeres en cuyo obse« quio levantan palacios la sociedades modernas.

Los únicos lugares públicos de reunion eran los templos. El servicio divino se hacia con una pompa i majestad estraordinarias. El culto tenia entónces toda la austera severidad que despues fué perdiendo poco a poco. Todavía no se habia hecho de moda hacer de los templos salones filarmónicos cubriéndolos de flores, de bordados, de seda, de olores i de armonías mundanas, dándoles así ese carácter de sensualidad que hace desaparecer por completo la impresion solemne que deben inspirar. Las iglesias adornadas con fruslerías i falsos oropeles, se asemejan a esos retretes de mujeres superficiales en que se deleita la vista con los dijes i caprichos que acumula el gusto lije-

ro i la coquetería femenina. Los templos en el siglo XVII no eran, pues, como ahora, lugares de charla i de entretenimiento mundanal, sino de oracion i de penitencia. Una sonrisa, un jesto intencional, una mirada de acuerdo o de recuerdo, como las muchas que hoi se ven, habria sido un escándalo capaz de provocar la indignacion popular.

Todas las manifestaciones esternas del culto habian llegado a una exajeracion verdaderamente terrible. La oratoria sagrada se asemejaba a esos dramas patibularios en que todos los personajes mueren trájicamente, en que se hace uso del puñal i del veneno, en que hai naufrajios i patíbulos. La imajinacion impresionable i sencilla i la ignorancia jeneral aceptaban con profunda fé la imposibilidad de la salvacion eterna; para alcanzar el cielo era indispensable desentenderse de los asuntos mundanos i hacer una vida de penitencia i de contínuos sacrificios.

Las procesiones relijiosas estaban organizadas de manera que impresionaran vivamente a la multitud. Algunas de ellas tenian escenas teatrales de un efecto sorprendente. Aquella

relijiosidad tan grave, aquella fé tan severa, tenia mucho de cómico i de sainetesco. Los mas exajerados fanáticos de hoi no habrian podido ménos de sonreirse i ruborizarse en presencia de las tres solemnes procesiones que recorrian el centro de la ciudad, en la tarde del miércoles santo, i que salian de tres diversos templos: la Compañía, la Merced i San Agustin. La primera de dichas procesiones se componia esclusivamente de negros, la segunda de mulatos, i la tercera, que era de jente mas decente, se denominaba de los *Nazarenos*. El anda de la Verónica esperaba en la plaza de Armas a la del *Señor de la Agonía.* Cuando Verónica veia aparecer a Jesus, se adelantaba a su encuentro, i por medio de ocultos resortes, acercaba a su rostro un blanco lienzo para enjugar su sangre i su sudor. Cristo, en recompensa de su piedad, dejaba grabada en la tela su noble imájen

El juéves i el viérnes santos eran dias verdaderamente pavorosos; no se veia pór las calles sino procesiones de penitentes que daban gritos de dolor, procesiones de frailes que exhortaban al pueblo todavía a una mayor pe-

nitencia i a un mayor rigor para consigo mismo, damas de la alta sociedad que, seguidas de toda su servidumbre, recorrian los templos. El fanatismo dominaba tan completamente a esa muchedumbre plebeya i noble, compuesta de lo mas alto i de lo mas bajo de la sociedad, que el pavimento de los templos i de las calles quedaba cubierto de sangre, pues habia penitentes que se despedazaban el cuerpo a los golpes terribles de la disciplina de roseta, la cual tenia puntas de acero en sus estremidades. El padre Ovalle asegura que habia jente que moria a consecuencia de las terribles heridas de la disciplina. El hecho debe ser verdadero, no solo por el prestijio que tiene el escritor que así lo asegura, sino porque el cabildo de la época nombraba para esas fiestas médicos auxiliares que tenian el encargo de socorrer a los *disciplinantes* de las procesiones.

Pero entre las ceremonias de semana santa, ninguna tenia el carácter de terrible grandiosidad que la procesion del *Santo Sepulcro*, llamada entónces de la *Soledad*. Esa procesion exijia un aparato escénico superior al de todas las obras de májia representadas en nuestros

teatros, como que el objeto de aquellos empresarios de espectáculos no era el de distraer sino el de aterrorizar. El proscenio era tambien mas vasto: era la Alameda de Santiago. En el centro del paseo se alzaba el tradicional Calvario. La ceremonia principiaba por el descendimiento del Cristo, cuyo cadáver era colocado en el sepulcro. María, la madre del Redentor, se abrazaba de la cruz, víctima de la mas espantosa desesperacion; enjugaba con un blanco lienzo las abundantes lágrimas que derramaba; caia de rodillas; se levantaba; estendia i cruzaba los brazos sobre su pecho desgarrado. I todo aquello no era sino un aparato hábilmente combinado, como el que se emplea en los cuadros fantasmagóricos. Estas escenas eran de un efecto aterrador; habia mujeres que se desmayaban al contemplarlas. El pueblo entero caia de rodillas i se dejaba oir un jemido universal, parecido al del mar ajitado en noche siniestra.

La influencia que con tales espectáculos se ejercia en el espíritu del pueblo, era decisiva. Habia pecadores que se confesaban a gritos i que hacian pública penitencia. Un dia se vió

a un individuo recorrer arrodillado i con los brazos en cruz la nave central de una iglesia. Era en cumplimiento de una penitencia impuesta por su confesor. Otros se hacian pasear por las calles, los dias de semana santa, amarrados de una cruz, parodiando grotescamente el martirio de Jesus.

El gran terremoto de 13 de mayo de 1647 vino a dar mayor fuerza a esta vida de espanto. La ciudad dormia tranquila cuando se dejó sentir el sacudimiento. Eran las diez i media de la noche. El movimiento fué violento i terrible. La ciudad cayó desplomada en unos cuantos segundos, no quedando en pié uno solo de sus monumentos. No hubo el menor anuncio, la menor señal, el mas leve ruido que previniera la catástrofe. Fué un solo golpe, como un jigante que cortara de un hachazo la cabeza de un niño. Mui pocos tuvieron tiempo de huir; los mas despertaron en sus lechos para volver a dormirse eternamente. La mayor parte de la poblacion pasó del sueño de la noche al sueño de la tumba.

Cuando la luz de la luna fué reemplazada por la del sol i los vivos pudieron contemplar

en todo su grandioso espanto ese drama inmenso de dolor i de ruina, un grito de tremenda desesperacion se elevó al cielo. Pero el dolor tiene sus deberes terribles, i fué necesario buscar los cadáveres. Cada habitacion era un drama. Muchas madres jóvenes i hermosas murieron sobre las cunas de sus hijos. Una dama ilustre, una heroina, doña Ana de Quiroga, salvó a nueve de sus hijos, pero al ir en busca del décimo, no se la vió aparecer mas. Casi todos los niños de la ciudad murieron esa noche. Fué algo como la degollacion de los inocentes. Un niño de pocos meses fué encontrado vivo entre los brazos del cadáver de su madre que todavía lo estrechaba; esposos separados muchas veces en la vida murieron abrazados. La muerte es la sola reconciliacion sincera de los ofendidos que se aman. La ciudad era un vasto cementerio. Cada corazon era una tumba. Los felices eran los muertos!

Despues de aquella funesta e inolvidable noche, el espíritu de los habitantes de Santiago se abatió mas todavía; su credulidad supersticiosa prestó completa fé a los agoreros de

desgracia que presajiaban nuevas calamidades, falsos profetas que anunciaban en nombre de Dios que Santiago no se levantaria de sus escombros sino para ser demolida nuevamente. Bajo esta influencia terrible, dominando los ánimos la espantosa incertidumbre de una catástrofe siempre amenazante, la relijion era un consuelo pavoroso, i la Divinidad, con su ceño eternamente fruncido i su brazo eternamente levantado para el castigo, era una especie de mónstruo supremo a quien se adoraba por miedo, a quien se glorificaba por el suplicio i la sangre, a quien solo era posible agradar ofreciéndole sacrificios i tormentos. Como personificacion de esa época ha quedado una obra de arte, el *Señor de Mayo*, símbolo de aquel siglo sombrío; creacion mística i satánica a la vez, que revela el sentimiento dominante, obra de un fraile inspirado por el diablo segun la tradicion.

Entónces fué tambien cuando aparecieron los grandes iluminados de la fé, Urzula Suarez i el siervo de Dios Bardecci, beatos sublimes, que sin embargo no alcanzaron a santos, por faltarles subir todavía uno o dos

de los divinos peldaños que conducen al altar.

Semejante vida debia de ejercer una influencia poderosa en el espíritu de la mujer; por eso fueron ellas las primeras víctimas de ese extraño vértigo, de esa alucinacion aterradora que mantenia a un pueblo en la mas completa abyeccion. Inclinadas al misticismo por la naturaleza i por la educacion, las mujeres llenaron los monasterios, dejando solitarios los hogares. Hubo familias que casi se estinguieron; i así como en los paises militarizados todos los hombres, con escepcion de uno en cada familia, sirven en los ejércitos, así entónces todas las mujeres se sepultaban en los claustros, con escepcion talvez de una, que se destinaba al matrimonio para perpetuar la raza. Puede asegurarse sin la menor exajeracion que a mediados del siglo XVII la tercera parte de las mujeres santiaguinas, pertenecientes a la alta clase, hacian vida monástica.

El obispo Villarroel asegura que en 1650 habia 400 monjas en los monasterios de Santiago; lo que es mucho mas, comparativamente con la poblacion que entónces tenia la ciudad, que si hoi tuviéramos veinte mil! El ca-

pitan don Jerónimo de Molina encerró a sus ocho hijas en un convento, así como un siglo mas tarde ocho de las nueve hijas de don Diego Portales Irarrázaval se sepultaron en los claustros, casi al mismo tiempo que el correjidor don Luis de Zañartu arrancaba de la cuna a sus dos únicas hijas para ocultarlas en una celda del monasterio del *Cármen bajo,* que él habia hecho construir talvez con ese solo objeto!

Un detalle que puede esplicarnos muchas añejas preocupaciones de casta, muchas arraigadas pretensiones de noble oríjen, que aun subsisten en todo su vigor, es que muchas de aquellas mujeres que abandonaban la sociedad, la familia, el mundo, llevaban, sin embargo, al interior de los claustros el orgullo de familia i los títulos sociales, ¿De qué servia esa pompa mundanal a mujeres que iban a cavar su sepultura? De nada. ¿Eran solo arrastradas por la fuerza de una preocupacion invencible? La esplicacion de este fenómeno consiste quizás en que la especulacion monástica ha esplotado siempre con preferencia los fantasmas, los sepulcros i los títulos de nobleza.

Pero volviendo al interior de los claustros, poblado de las mas bellas mujeres, ¿no es verdad que la sangre se hiela en las venas al recordar esa época en que dominaba el fanatismo i la ignorancia mas completa? ¿De qué servia entónces la hermosura, la gracia, el talento i la juventud? Todo eso debia de estinguirse, de ocultarse, como se oculta un crímen en la soledad. Las frescas i sonrosadas mejillas debian de palidecer i enflaquecer; los ojos negros o azules, perder su brillo i su espresion, i las espléndidas cabelleras estaban condenadas a caer sobre el piso de los refectorios, al golpe de la tijera conventual, verdadera guillotina de la belleza i de la juventud.

Puede decirse que toda la vida de alegría i de amor de las mujeres de entónces se reducia a los años de la infancia, i que los besos i las caricias de la madre eran las únicas espansiones afectuosas que mas tarde podrian recordar en el silencio de su eterna soledad. Cuando ya eran mujeres, cuando llegaban a comprender la mision de amor i de sacrificios que el destino les señalaban en el mundo ¡cómo no habian de sentir el corazon oprimido

bajo el peso de esa lápida, mas helada que el mármol de la tumba, que se llama los votos eternos, es decir, la prision perpétua, la muerte en vida! ¡Cuántas veces, en el silencio de la noche pensativa, el viento que mecia las palmas de los claustros les llevaria en sus ráfagas el bullicio de esa ciudad que no concecian, algun suspiro, algun eco vago de esos amores misteriosos que talvez presentian!

Los conventos de frailes no ofrecian, en jeneral, el mismo carácter que los monasterios; se llevaba en ellos una estraña mezcla de recojimiento i de mística holgazanería. Al reves de lo que sucedia con las grandes damas, cuyo porvenir i mas vehemente aspiracion era el claustro, los hombres elegantes i del gran mundo, salvo uno que otro capitan herido en las guerras o desgraciado en su vejez, concluian su vida en eterna soltería, que estaba mui léjos de parecerse al celibato claustral. Pero apesar del oríjen humilde de las comunidades, el fraile ejercia entre nosotros una poderosa influencia moral i social. Era el consejero natural de la familia i muchas veces el árbitro de sus destinos. Ser provincial, era

algo mas grande i glorioso que ser hoi un ministro de Estado, un miembro de la corte o un capitan jeneral de mar i tierra; pruébalo así la lucha tenaz de los ruidosos capítulos conventuales, siempre que se trataba de la eleccion de uno de esos encumbrados personajes, mitad humanos i mitad divinos, pontífices i césares a la vez. Para esos grandes torneos la opinion se preparaba con mas anticipacion i calor que lo hace hoi para una eleccion presidencial; la ciudad entera se dividia en dos bandos, en dos encarnizados campamentos de cartajineses i romanos, de güelfos i jibelinos. Las mujeres tomaban parte en estas luchas con mas ardor que los hombres, i ya se sabe que hubo vez en que los conventos fueron declarados en sitio i rendidos por la fuerza o el hambre.

Una ciudad llena de conventos i cuya tercera parte de pobladores se componia de frailes i de monjas, debia ser una ciudad esencialmente moral. No contestaremos a esta grave cuestion, sino recordando el juicio de los historiadores i cronistas que están de acuerdo en clasificar esa mitad del siglo XVII, como la épo-

ca de mayor corrupcion que recuerde la vida poco moral de la colonia. Fué entónces cuando floreció i vivió la célebre Quintrala, la Lucrecia Borgia de Chile, como la denomina el mas fecundo de nuestros escritores contemporáneos.

Pero a medida que la civilizacion avanzaba, que el siglo XVII se perdia en la historia con todo su lúgubre cortejo, el convento perdia su influencia. Los sagaces jesuitas contribuyeron a dar el gran golpe a la vida monástica i contemplativa, esterminando a los frailes poltrones i perezosos, e iniciando la vida de propaganda social, i por eso fueron i son mas peligrosos que los frailes. Milicia que aspiraba mas al dominio mundano que al divino, se desparramó por los salones, creó cátedras de enseñanza i sedujo a las altas clases con el atractivo de su elocuencia i de sus maneras cortesanas. Inició en su favor la era de los legados fabulosos, i llegó a poseer en poco tiempo las heredades mas valiosas de nuestro territorio. El fraile llegó a ser una figura grotesca en presencia del clérigo de fina sonrisa i de manos aristocráticas. Los claustros principiaron

, despoblarse en obsequio de los seminarios, n los cuales se reconcentró el bullicio i la jitacion de la vida de propaganda relijiosa que todavía conserva entre nosotros una in luencia tan poderosa.



II

La Etiqueta Colonial

La sociedad colonial tenia en sus costumbres todo el candor de la infancia: polémicas, discusiones, rencillas que hoi serian causa de risa i de rubor, eran entónces graves acontecimientos que absorbian por completo la atencion de los hombres mas serios, i de las instituciones mas elevadas. Las sesiones del ayuntamiento, las fiestas relijiosas, las recepciones oficiales, todos esos primeros ensayos de vida política i social eran tan solemnes, que la mas insignificante falta de consideracion o de etiqueta, daba lugar a polémicas que muchas ve-

ces duraron el espacio de toda una jeneracion. Aquella sociedad que dormia eternamente la siesta de su pereza i de su insignificancia, que vivia separada por la distancia del movimiento político e intelectual del mundo, solo se despertaba al saber que el presidente tal habia asistido a una fiesta pública en traje de simple particular; que el canónigo A. habia hecho al obispo una cortesía en vez de dos; que el oidor B. se habia sentado en la silla de la derecha en vez de haber dado preferencia a la silla de la izquierda, como se lo ordenaba la etiqueta; que el inquisidor N. no habia sido mirado con horror; que el conde C. llevaba el espadin demasiado corto i el marques D. las medias mui arrugadas. Tales eran las distracciones que a gran costo se procuraba la ociosidad santiaguina, para poder mantener la vida de ese pueblo que agonizaba en su infancia.

La primera de esas famosas polémicas de etiqueta tuvo lugar durante el gobierno de Garcia Ramon, que los cronistas de la colonia colocan mui alto como caballero i mandatario. Era costumbre en las fiestas relijiosas de la

colonia que los monaguillos ofrecieran el hisopo de plata con el agua bendita, primero a los canónigos i despues a los oidores; fundábase esta preferencia en que los primeros eran los representantes de Dios, i los segundos, solo del rei de las Españas, un Dios talvez ménos omnipotente, pero sin disputa mas temido. Los oidores, fundándose en teorías que indudablemente no tenian su oríjen en el «patronato nacional,» ni mucho ménos en la «separacion de la Iglesia i del Estado,» protestaron de tamaño abuso, sosteniendo que el hisopo debia ofrecerse primero a los oidores i despues a los canónigos. Grave cuestion de derecho i de preferencia que se llevó a los piés del trono de Felipe III, i que se vió en la necesidad de resolver el gran Consejo de Indias, i el cual resolvió dejando las cosas como estaban, es decir, dando preferencia a los canónigos, pues entónces como ahora, la costumbre buena o mala era la gran autoridad, i por consiguiente el mejor argumento i la mejor razon.

Pero tambien, como era necesario para mantener cierto equilibrio entre el divino i el humano poder, i mas que todo, para mantener la

union i armonía entre los súbditos, que los oidores no quedaran demasiado descontentos con su derrota, ni el clero demasiado orgulloso con su triunfo, el gran Consejo ideó un golpe maestro: ordenó que cuando el reverendo obispo se presentara en la catedral, su cauda fuera llevada por un solo paje. Los oidores, que daban mas importancia al hisopo de plata que a la cola de raso del obispo, creyeron justo castigar a éste último personaje, encerrándolo en su palacio; como si él hubiera sido el autor de la sentencia! Pero el obispo Perez de Espinosa no se dejaba intimidar por oidores, como otros mas tarde no se han dejado intimidar por parlamentos; i saliendo de su palacio, abandonó la ciudad, declarándola en entredicho. Aquella especie de sitio por hambre espiritual, causó mas terror en el espíritu del pueblo que el gran terremoto de 1647, i pocos dias despues el obispo regresaba triunfante a la ciudad llevando su cola victoriosa, suspendída por cien brazos. Los oidores, derrotados en la grave cuestion del hisopo, intentaron un último esfuerzo, solicitando que en las fiestas de la catedral se les diera asientos de prefe-

rencia sobre el clero; pero el monarca rechazó la nueva pretension por real cédula, dada en Ventocilla, el 17 de octubre de 1614.

Esta doble victoria del clero disgustó altamente a los miembros del poder civil, i la causa de los oidores se robusteció con nuevos adeptos. El presidente Lazo de la Vega, sucesor de García Ramon, que hasta entónces habia observado en estas polémicas una actitud pasiva, exijió a su vez que en las fiestas solemnes los diáconos le presentaran a besar el evanjelio, i que los monaguillos le sahumaran con los incensarios, como se hacia con el obispo. La pretension tenia algo de herética, i era demasiado audaz i provocativa despues de la derrota de los oidores, i por consiguiente fué rechazada por el Consejo de Indias. Esta nueva derrota exasperó al presidente i a los oidores; el entredicho entre los dos poderes se hizo mas grave, i fué necesario el trascurso de muchos años i la llegada de un nuevo presidente, el marques de Baides, i de un nuevo obispo, el sabio Villarroel, para que los ánimos se calmaran i renaciera el aprecio i confianza entre las dos potestades. Pero la

fuerza de la costumbre era tan poderosa, i una falta de etiqueta era un crímen tan abominable, que ese mismo sabio e ilustre obispo Villarroel, castigó mas tarde con «cuatro pesos de multa» al dean de Santiago, porque habiendo el obispo regresado a esta capital, despues de un viaje a Concepcion, no salió a recibirle, i solo le visitó en su palacio dos o tres dias despues de su llegada!

Algunos años mas tarde, en 1671, tuvo lugar otra ruidosa polémica de etiqueta i cortesía iniciada, no ya por los oidores, sino por el bilioso obispo de Santiago, que lo era el camorrista i orgulloso fraile franciscano Santiago de Humanzoro. Ese humilde siervo de Dios mandó arrojar de la iglesia catedral, en circunstancia que se celebraban con gran pompa las honras fúnebres en honor de Felipe IV, al prior de San Juan de Dios, al ilustrado i virtuoso fraile Nicolas de Salles, por el hecho de haberse sentado en uno de los sillones destinados a la jente de *copete*, en cuyo número no figuraba el modesto lego. El templo estaba lleno de jente; por primera vez se habian enlutado sus naves, i la lúgubre ceremo-

nia tenia lugar con gran pompa. El desaire fué, pues, tan público, que Salles, a pesar de su humildad reconocida, derramó lágrimas de verguenza.

I no fué esta la sola aventura de orgullo i vanidad que provocó el impertinente obispo: despues de haber humillado a un fraile que gozaba de jeneral estimacion, quiso tambien pasar sobre las togas i los títulos de los miembros de la real audiencia.

Era costumbre que los oidores costearan de su peculio particular las fiestas del Córpus; para las del Córpus de 1662, los oidores acordaron invitar en conjunto al obispo i al clero. El orgulloso Humanzoro, ofendido e irritado porque no habia merecido una invitacion especial, prohibió al clero concurriera a una fiesta en que no se habia tenido la cortesía de invitar al obispo por separado.

El nuevo capitan jeneral, don Juan de Henriquez, al tomar el mando de la colonia, encontró a la sociedad ocupada de este grave asunto, que tenia acalorados todos los espíritus. Queriendo iniciar su gobierno con un acto de cortesía que le distinguiera, fué en persona a

invitar al obispo para las fiestas de Córpus; pero Humanzoro queria ver a los oidores a sus piés i no a Henriquez, i por consiguiente no cedió en sus pretensiones. Disgustado el presidente por el orgullo del obispo, ordenó que las fiestas de Córpus tuvieran lugar en el templo de Santo Domingo. El obispo, viéndose vencido, intentó escomulgar a los miembros del ayuntamiento, exactamente como hoi, despues de dos siglos, los arzobispos escomulgan a senadores i diputados; pero los valientes oidores no se intimidaron por semejantes amenazas; las fiestas se hicieron sin el concurso del clero i apesar de su protesta, i el orgullo clerical fué puesto a raya por primera vez entre nosotros.

El obispo, vencido i humillado, recurrió a vénganzas de una ruindad i pequeñez que asombra. Era costumbre que en las procesiones de Córpus el pálio fuera llevado por los oidores i que junto a él fuera el estandarte de la ciudad i la cruz capitular. El estandarte era símbolo de la autoridad civil, i la cruz, emblema de la autoridad eclesiástica. El obispo, no pudiendo contentarse con sus derrotas,

ordenó que la cruz fuera algunos pasos mas adelante que el estandarte. Los oidores, que parecian dispuestos a contrariar todos los caprichos del obispo, se opusieron a esta nueva pretension. El asunto se llevó al consejo de Indias, que falló dos años mas tarde con la frase sacramental de «sígase la costumbre», que era algo como decir «entiéndanse Udes. como puedan» El hecho es que el estandarte i la cruz continuaron caminando en fila, como dos personas de igual categoría, como dos buenos amigos, por mas que se odiaran obispo i oidores, hasta tiempos no mui lejanos, en que ha quedado solo la cruz, siendo derrotado el estandarte.

Siempre fueron los obispos de la colonia los promotores de las mas ruidosas cuestiones de etiqueta; ya hemos señalado a la lijera algunas de las mas graves i difíciles polémicas en que se vieron envueltos los obispos Perez de Espinosa, Villarroel, i Humanzoro. Parecia que cada personaje civil o eclesiástico debia dejar señalado con alguna eterna cuestion de ceremonia su paso por nuestro pais.

Un dia el obispo Romero se escusó de asistir

a las fiestas del apóstol Santiago, que como patrono de la ciudad tenia lugar con gran pompa en la iglesia catedral. El ayuntamiento no prestó fé a las escusas que daba el obispo, i atribuyó su ausencia a caprichosa descortesía del prelado. A fin de volver desaire por desaire, el ayuntamiento se negó a su vez a concurrir a la fiesta de San Justo i San Pastor que hacia el obispo. Esta mútua descortesía exasperó los ánimos, i el ayuntamiento acordó celebrar las fiestas del apóstol patrono en una de las iglesias regulares; pero el obispo Romero, que no era en estos casos ménos bilioso i colérico que Humanzoro, ordenó bajo la pena de escomunion mayor, i lo que era algo peor, bajo la multa de cincuenta pesos a cada uno de los capitulares, que las fiestas del apóstol se celebraran en la iglesia catedral. El ayuntamiento apeló de esta órden a la audiencia; pero el obispo se defendió brillantemente, manifestando las causas que lo habian obligado a no asistir a esa fiesta, i que eran todas simples cuestiones de etiqueta; pues si no habia asistido a la fiesta del apóstol, era solo porque el alférez mayor ocupaba el pres-

biterio, contra las prescripciones terminantes de la etiqueta i hasta del derecho canónico. Los oidores se dieron por satisfechos, i la polémica no tuvo esta vez la recrudescencia de otras.

Se ve, pues, que un acto de cortesía era algo que decidia del porvenir i de la fortuna de un hombre; se podian perdonar muchas graves faltas al que sabia hacer un saludo oportuno i ocupar el puesto que le señalaba su importancia social, sin invadir los espinosos dominios de la etiqueta. Un ejemplo elocuente de esta estraña apreciacion de la cortesía i de las buenas maneras nos ha dejado el gobierno colonial del jeneral Meneses. Este soldado brutal, que se decia hijo de príncipes,—nada ménos que descendiente de los reyes de Portugal,—faltó durante su gobierno a todos los deberes i a todos los respetos sociales. Su administracion fué el despotismo mas terrible que consignan las pájinas de la historia de las colonias americanas. I sin embargo, nunca el odio i el desprecio público estuvo a la altura de los crímenes cometidos por Meneses; i todo porque habia en su vida un hecho que atenua-

[illegible] sus faltas: al llegar a Santiago, Meneses habia sido recibido con grandes fiestas por el ayuntamiento, i se habia mostrado tan agradecido i atento por esa recepcion, que al dia siguiente pasó a la sala a dar las gracias por la manifestacion que se le habia hecho.—El ayuntamiento no olvidó jamas este acto de cortesía que halagaba su vanidad!

I cosa estraña! ese déspota insensato i vulgar, cuyos crímenes se disculpaban en homenaje i agradecimiento de un acto de comun cortesía, fué arrojado del poder, no por la indignacion del pueblo, ni en justo castigo de sus faltas, sino......por haber faltado a un acto de etiqueta, por haber contraido matrimonio, sin permiso del rei de España, con doña Catalina Bravo de Saravia, hija del marques de la Pica!

Talvez ningun mandatario de la colonia sufrió como el presidente Ustáriz los disgustos i los pesares causados por las exijencias de la etiqueta, i mas que todo, por el orgullo aristocrático de los oidores, que no podian perdonarle la falta de un título de familia, de un escudo de armas, de un libro heráldico cualquiera.

Los oidores, deseosos de dar a conocer de una manera solemne su zaña contra Ustáriz, aprovecharon las fiestas de San Ignacio de Loyola para inflijirle un ruidoso desaire. Ustáriz se habia presentado al templo vestido con su fastuoso traje de capitan jeneral del reino. La hermosa figura de Ustáriz, realzada por la riqueza de los bordados i de los encajes, deslumbró a los envidiosos oidores, i para vengarse de esa altanera superioridad de un hombre a quien estimaban inferior a su posicion, idearon una ofensa cruel: le ordenaron en las naves mismas del templo regresar a palacio para que cambiara su traje por el de la modesta golilla, que era con el que le correspondia presentarse en esa fiesta, por su carácter de miembro de la Audiencia.

Ustáriz recibió con serenidad la ofensa; continuó impasible en su puesto, i no hizo el menor caso de la órden. Pero los oidores fueron siempre en Chile mil veces mas terribles que los inquisidores, que jamas prendieron hogueras, i ofendidos por la impasibilidad e indiferencia de Ustáriz, repitieron su pretension. El asunto debia solucionarse, i con gran

asombro i escándalo, fué elevado al conocimiento de Felipe V, quien dió la victoria a Ustáriz, espresando de un modo enérjico i terminante, que los presidentes de Chile vistieran el traje que mas les agradara, cómo i cuando mejor les pareciera.

Aparte de estas rencillas caseras, en que las mas altas dignidades coloniales discutian por algo ménos que un plato de lentejas, habia una fiesta característica, una ceremonia esencialmente cortesana, que retrataba a lo vivo las exijencias de la etiqueta oficial: esa ceremonia era el *paseo del estandarte*, que Cárlos I dió a la ciudad cuando la distinguió con los títulos de «noble i leal»; nobleza i lealtad que indudablemente no conservó sino hasta las vísperas de 1810. Ese estandarte, que era, segun los cronistas, de «damasco de seda encarnado» se hizo flotar al viento por primera vez el 24 de julio de 1556.

Eran solemnes las ceremonias que se hacian para su paseo. El ayuntamiento escojia de entre lo mas distinguido del vecindario de la ciudad, a doce caballeros, que montados en hermosos corceles de raza andaluza, se dirijian reunidos

a la casa consistorial. Ahí los esperaban los oidores, montados tambien sobre hermosos caballos, i todos juntos se dirijian a casa del alférez real. Tomaba éste el estandarte, con mas cuidado i reverencia que un obispo la custodia; i la fastuosa comitiva se ponia nuevamente en marcha en direccion a la iglesia catedral.

El desfile de esta procesion era verdaderamente grandioso. Rompian la marcha dos rejimientos de caballería vestidos de gran uniforme.

Detras de estos cuerpos veíanse cuatro batidores, dragones veteranos.

Seguian despues:

Los maceros de la ciudad,

Los caballeros convidados,

El estandarte, llevado por el alférez real, a cada lado del cual iba un rejidor que conducia los cordones de seda que bajaban de la noble insignia,

El correjidor o el asesor letrado,

Una compañía de dragones veteranos, especie de guardia de honor del estandarte,

El capitan jeneral i miembros de la Audiencia, montados en caballos ricamente enjaezados.

En la plaza formaban de gran parada los rejimientos de milicia de infantería del rei i el batallon de comercio, especie de guardia civil de la ciudad.

Al pasar la insignia real, la tropa i el pueblo la saludaban.

El estandarte llegaba por fin a la catedral, i era recibido en la puerta del templo por el cabildo eclesiástico.

Todos tomaban en seguida el puesto que la etiqueta rigorosa de la época les señalaba segun su importancia.

El obispo no asistia a esta ceremonia, porque el alférez real ocupaba el sitio destinado al dosel.

Esta fiesta era la mas hermosa i aristocrática de la época. Se lucian los mas ricos trajes i los mas briosos caballos. El lujo que se desplegaba era mui superior a lo que podia exijirse i esperarse de una ciudad como Santiago. Los caballeros vestidos con los elegantes trajes de la época, lucian valiosos caballos lujosamente enjaezados; parecia tratarse mas bien que de un acto de absurda etiqueta, de uno de esos torneos caballerescos en que se iba a

pelear i a morir en homenaje a la mas hermosa dama.

Las fórmulas de la etiqueta oficial dieron el tono a la etiqueta particular. La confianza i la familiaridad eran palabras cuyo significado apénas se conocia en el seno de las familias. Se vivia eternamente con el sombrero en la mano i con la respetuosa sonrisa en los labios. I a tal estremo llegó tambien la etiqueta social, que el primer ataque de nervios que se recuerda, fué el de la linda i elegante, aunque ya algo vieja, marquesa de Cañada Hermosa, que al ver al oidor Diez de Arteaga presentarse distraidamente en su salon, con el sombrero puesto, sufrió un verdadero espasmo, de que solo pudieron salvarla las atenciones del doctor Esponda, médico a la moda en aquella época. Desde entónces los ataques de nervios se repitieron i tuvieron su mas alta boga a principios del presente siglo. Esos ataques nerviosos eran tambien las últimas convulsiones de una sociedad que cifraba todo su espíritu en una serie de fórmulas ceremoniosas, en un centenar de frases empalagosas i altisonantes. La revolucion asomaba su cabeza entre las brumas ya

demasiado claras de 1810, i todo aquel viejo monumento de absurdos vacilaba. Sus cimientos habian sido horadados por las ideas modernas, i el edificio debia caer al primer empuje vigoroso de la nueva jeneracion.

III

El traje de las santiaguinas en los siglos XVII i XVIII.

Siempre han sido las santiaguinas mujeres en estremo aficionadas al lujo. Santiago tenia ápénas el aspecto de una estensa aldea, i ya sus hijas vestian como las grandes damas de las cortes europeas. El aspecto esterior de la ciudad contrastaba con el traje de sus habitantes: parecia imposible que bajo de aquellos techos encorvados, de aquellos edificios aplastados, de esos mojinetes, obras clásicas de la arquitectura colonial, especie de urna feudal destinada a guardar el escudo de armas de la

familia, i a falta de éste, el santo de la devocion de la casa, parecia imposible, repetimos, pudieran albergarse bajo de aquellos mezquinos techos, mujeres elegantes, que admiraban por la riqueza de sus trajes i por su buen gusto i distincion, a los pocos viajeros europeos que entónces nos visitaban.

Santiago no fué nunca respecto de la moda, como lo creen muchos, una sucursal de Lima; al contrario, los figurines de Madrid, de Cádiz i de Sevilla, que venian a bordo de las naves que doblaban el cabo, llegaban naturalmente mucho ántes a Santiago que a Lima. Las últimas modificaciones del figurin, que por fortuna no se repetian con la frecuencia de hoi dia, se discutian, se rechazaban o aceptaban por las santiaguinas ántes que por las limeñas. Era esa talvez la única supremacia que obteniamos entónces de nuestra ventajosa situacion jeográfica.

Bajo la administracion progresista de Cano de Aponte, en que la colonia principió a florecer, en que las minas de oro produjeron abundantes tesoros i el trigo principió a esportarse, haciendo del Perú nuestro gran mercado, el lujo

tomó en Santiago un desarrollo que excedia con mucho al aumento de la riqueza particular. Es cierto que Santiago llegó a sellar anualmente mas de medio millon de pesos en monedas de oro, que llevaban en alto relieve el busto del rei de las Españas; es decir, llegó a acuñar un valor veinte veces superior al de las pastas de oro que en igual período compra hoi nuestra casa de moneda; pero esa suma, portentosa para aquella época, i tambien para la presente, se empleaba casi en su totalidad en blondas de Flandes i en collares de perlas para adornar la garganta i los cabellos de nuestras orgullosas paisanas. El oro se gastaba en dos cosas: en embellecer a las mujeres i en adornar las imájenes de los templos; por eso se veian ambas cubiertas de riquezas.

Mucho nos admiramos al presente del lujo de nuestras mujeres, ¡como si fuera una novedad! Se asegura que algunos maridos tiemblan al pasar frente de ciertas vidrieras de la galería Matte, i que despues de cada baile de invierno se habla durante una quincena de los encajes i piedras preciosas que han lucido algunas de nuestras señoras. Pues bien, en aquel baile

fantástico de la Alhambra, en aquel otro nó ménos maravilloso de la calle de Huérfanos, en que vuestra esposa, o vuestra hija fué vestida con el traje de las grandes damas de la corte de Enrique IV, ¿sabeis a quiénes imitaban sin recordarlo, sin saberlo quizas?—A las elegantes santiaguinas del siglo XVIII!

Era ese, a juicio de los viajeros de la época, el traje diario de visita i de salon, que usaban las damas de Santiago. El faldellin de seda o de paño, de tisú, de oro o de plata, llegaba hasta mitad de la pantorrilla, i de su ruedo caia hasta poco mas arriba del tobillo un vuelo de riquísimos encajes que cubria sin ocultar la hermosa i bien torneada pierna. Muchas veces se divisaban las ligas bordadas de oro i plata, «salpicadas de perlas». Las mangas de la rica camisa cubiertas de encajes i de cintas, tenian dos varas de largo i otro tanto de vuelo; las del jubon tenian una forma circular, formadas tambien de costosas blondas. Las mangas de ámbos trajes se llevaban sujetas a la espalda con lazos de cintas que salian del seno de la dama i formaban cuatro pequeñas alas, dos mas que las de Vénus i Diana.

El calzado recortado i de altos tacones, era digno de este traje; i no podia ménos de serló en una época en que el pié era algo tan espresivo como los ojos. Podia disculparse a una mujer los ojos feos, pero no se le perdonaria jamas los piés grandes.

El peinado que acompañaba a este traje, era una obra esquisita de sencillez i de buen gusto. El cabello se dividia en seis trenzas, que se recojian en la parte posterior de la cabeza, cayendo el doblez a la altura de los hombros. Un alfiler de oro, de forma curva, llamado *polisson*, sujetaba el cabello; del *polisson* pendian a veces dos grandes botones de diamantes. Ni un adorno mas, ni una flor, ni una cinta; solo de vez en cuando, i esto era un exceso de elegancia, se colocaban sobre la frente tembleques de diamantes que sostenian una serie de pequeñas ondas, formadas del mismo cabello, que cubrian la mitad de la frente. Esta moda era algo mas graciosa que ese crespo que hoi cae sobre el rostro, en voga desde 1872, i que da a la fisonomía de algunas jóvenes una espresion verdaderamente cruel. ¿Qué objeto tiene ese riso que se le abandona

con tan aparente descuido i en realidad con tan esquisito cuidado? ¿Es para dar sombra a la mirada? ¿Es para ocultar el rubor?

Un cronista de la colonia, don Antonio de Ulloa, ha hecho del traje de las santiaguinas una verdadera autopsia; lo analiza pieza por pieza, principiando desde la camisa, a la que da una importancia especial, como que entónces hubo novia cuya camisa nupcial costó mil pesos, i otras mucho mas. A los que de esto se asombren les contaremos, por si acaso lo ignoran, que Mme. Chessé, la antecesora de M. Prá, tenia en su espléndida tienda de la galería Matte, *baberos para guaguas*, cubiertos de encajes de Inglaterra i de Bruselas, de valor de ciento cincuenta pesos para arriba...i se vendian i venden siempre!—Pero no imitaremos al cronista Ulloa en su peligrosa empresa de examinar cosas tan íntimas, pues si en aquella época pudo llevarse a cabo sin protesta la exhibicion de una camisa de dormir, hoi seria de mal gusto. No es posible desnudar a las damas en presencia del público, aun cuando se persiga solo el deseo de realizar una investigacion histórica o social.

Si hai algo voluble e inconstante, es la moda femenina; los hombres vivimos hace ya mas de medio siglo bajo el peso de este sombrero abrumador, trozo de una chimenea de fábrica, de estos pantalones i chaquet que a todos nos hacen igualmente ridículos, i que impide a la escultura masculina lucir sus formas; pero las mujeres! ellas modifican sus trajes, no ya para cada estacion ¡eso seria demasiado! sino para cada luna nueva.

El hermoso traje que hemos descrito, moda estricta de fines del siglo XVII i principios del XVIII, sufrió sucesivamente numerosas variaciones, pero que no cambiaron de una manera notable el carácter jeneral del vestido. Solo a mediados del último de esos siglos las anchas i flotantes mangas de la camisa i del jubon fueron reemplazadas por otras ajustadas i tan cortas que apénas bajaban de los hombros; parecian mas bien una cinta destinada a sostener el corpiño. La moda ha sido siempre partidaria de los estremos i las exajeraciones. Esas mangas eran de trencillas o de encajes, de modo que el brazo iba casi completamente descubierto. El escote i aber-

tura del pecho i su circunferencia se veia tambien adornado de finísimos encajes. El corsé se apretó mas a la cintura. Las enaguas se adornaban de hermosas blondas para que bajando un poco mas que el faldellin se viera una especie de nube de encajes; la enagua superior tenia una pretina adornada de bordados; sobre esta pretina se colocaba un cinturon de tela de plata u oro, de modo que no ocultara los encajes. El faldellin llegaba hasta el empeine del pié. A medida que se aumentaba el escote para descubrir el seno se bajaba el vestido para ocultar la pierna. El rubor descendia. El nuevo faldellin que era de tisú o brocato de vivos colores estaba cubierto de angosto dobleces, hechos a lo largo, prendidos unos con otros para que no se deshicieran, i se ataba a la cintura de modo que dejara descubierto el frente del vestido. Sobre los hombros, sin ocultar el escote, se ponia una especie de roquete sin mangas, a que se daba el nombre de *cotona*, abierta por los costados i que solo caia hasta la mitad de la espalda, para lucir la cintura.

Pero la modificacion mas importante que la

moda habia introducido estaba en el calzado. El nuevo zapato de seda, bordado con lentejuelas de oro o plata, tenia la forma exacta de un número ocho, perfectamente cerrado, tan redondo por el talon como por la punta, i en ésta, dice un contemporáneo «le abrian dos pequeños tajos para que salieran por ellos los dos primeros dedos, que desde la mas tierna edad se tenia el cuidado de doblar para que sobresalieran.» Este zapato, que nos recuerda el de fierro de los chinos, iba asegurado con hebillas de oro o de piedras preciosas.

El antiguo peinado de seis trenzas habia sido reemplazado por otro en que las trenzas eran innumerables i se agrupaban todas en las orejas figurando «el ala de un pichon.» Las flores principiaron a usarse con este peinado; el jazmin, tan abundante entónces, servia para confeccionar una blanca i fragante diadema a la cual se daba el nombre de *piocha*. Otras veces se colocaba sobre la cabeza una cinta de oro o plata i por delante tembleques esmaltados cubiertos de perlas o de brillantes. Las orejas, la garganta i los dedos se veian tam-

bien adornados con perlas i piedras preciosas.

I aquí creemos necesario hacer una advertencia que juzgamos indispensable: ante esta riqueza casi fabulosa, ante esta deslumbrante cascada de diamantes i de perlas, ante estos vestidos dignos de las favoritas de los sultanes, el lector se preguntará si todo aquello era verdadero o falso, i si esas alhajas no serian como las que usan las reinas de la comedia. Los severos cronistas de la época responderán por nosotros. «Todas esas piedras preciosas, dice Frezier, dice Ulloa, Cosme Bueno i Carvallo, son finas, que falsas no las aprecian las hijas de este pais, porque quieren que a lo lucido se agregue el ser todo de mucho costo.» Se vé, pues, que a este respecto las santiaguinas no han dejenerado absolutamente. La joyería falsa no la usaba ni el pueblo; se empleaba solo para la conquista de Arauco, para engañar con ella a los indios, comprándoles sus ganados i sus hijos!—Pero ¿no hemos visto hasta hace poco a viejas indias o negras, que se conservaban como reliquias de la colonia, ostentar en medio de su pobreza ricos aros de perlas i sortijas de oro con diamantes?

Parece que el pueblo se hubiera empobrecido con la libertad.

Este traje verdaderamente cortesano de la época colonial estaba en armonía con los hábitos sociales, con el espíritu aristocrático que dominaba, con la etiqueta rigorosa de los salones. El salon santiaguino era en los dos siglos anteriores algo como un templo. Se netraba en él con la solemnidad del que penetra en un santuario i para salir si no se andaba para atrás, como en las mezquitas de oriente, se salia con cierto recojimiento relijioso.

Aquellos salones espaciosos, amueblados con un método i órden verdaderamente oficial, revelaban a primera vista el ceremonial de la época. Se sentia en ellos el mismo fresco que en las catedrales de piedra, se respiraba la misma atmósfera de solemne gravedad, se aspiraba el mismo olor a incienso que el sahumador de plata colocado sobre la mesa central exhalaba eternamente.

Un hecho digno de notarse en las modificaciones del traje es el predominio de la moda francesa aun en la época en que la España se imponia por la fuerza, no solo como

soberana de éstos territorios sino como única árbitra del corte de los vestidos i aun de las telas que debian emplearse en su confeccion. Así los reyes de España no solo permitian o prohibian por reales decretos el uso de la crinolina, que estuvo tan en boga en el siglo XVIII, como lo estuvo hace poco en pleno siglo XIX, sino que tambien señalaban las telas que debian comprarse con preferencia. Entre esos decretos hai algunos verdaderamente curiosos que merecen ser conocidos, especialmente hoi que hai en Chile dos escuelas que se disputan la supremacía: la de los proteccionistas i la de los libres-cambistas. Felipe V prohibió a sus súbditos de América, en 1723, que hicieran uso de las telas, de los muebles i hasta de los carruajes de fábrica francesa. Ya entónces esa industriosa nacion se llevaba anualmente de América muchos millones en oro, en cambio de sus tejidos de seda, de sus encajes, de sus artículos de fantasía i de tocador, con grave detrimento de la industria española que consistia especialmente en tejidos de lana.

La crinolina habia sido impuesta a la Euro-

pa- i al mundo por la Francia; así como la Dubarry i las grandes damas de la corte de Luis XV la habian impuesto a Paris. Jamás se ha visto una moda que se haya jeneralizado i consolidado tanto i que apesar de su noble oríjen tuviera una aceptacion mas democrática, por no decir mas plebeya. Su reinado duró en Santiago mas de veinte años la época de su primera boga, i mui poco ménos en su segunda i reciente aparicion. En el siglo XVIII la crinolina era tambien usada por los caballeros, que no tenian el menor escrúpulo de colgarla de su cintura juntamente con su espada.

Antes de la crinolina se usó en Santiago con no ménos éxito el famoso *ahuecador*, introducido en Francia por María de Médicis, i que era un aparato destinado a anchar las caderas. Ha sido a nuestro humilde juicio la invencion mas ridícula que haya impuesto jamás la moda i el capricho de una mujer a esta pobre i condescendiente humanidad.

Entre el *ahuecador* i la crinolina hubo un largo paréntesis en que las santiaguinas usaron el vestido ceñido al cuerpo i caido hasta el suelo, casi como al presente. Entónces fué

tambien cuando se introdujo el quitasol, que fué perfectamente recibido por el mundo elegante, i tambien mui criticado por los moralistas, que veian en ese aparato un objeto de molicie i de lujo exajerado i corruptor.

Casi junto con el quitasol penetró tambien la moda de los lunares postizos... El uso de los *afeites* se habia hecho mui jeneral, al punto que las hermosas dentaduras eran mui escasas; por eso el primer dentista que llegó a Santiago levantó una fortuna en pocos meses: i hoi mismo no hai negocio de banco ni bufete de abogado o de ministro que deje lo que el cloroformo i el gatillo. Al principio las damas aceptaron la moda de los lunares con cierta repugnancia; se hacian solo uno, cerca de la boca, al lado izquierdo o al derecho de la barba; pero poco despues usaron dos i hasta tres i cuatro, semejándose el rostro de algunas al de verdaderas convalecientes de viruela.—Ah! si entónces hubieran existido entre nosotras los ferrocarriles con largos socavones, que sepultan al viajero en espesas tinieblas, como sucede al presente en la línea de Santiago a Valparaiso, ¡qué de curiosas

aventuras no hubieran tenido lugar!—Se habrian repetido en mil variantes la cómica escena que se representó en uno de los carros de ese ferrocarril en que iba una respetable mamá con su jóven hija i su futuro yerno. La bella niña llevaba al entrar al socavon de San Pedro un negro lunar hechizo en su mejilla derecha. Al salir del socavon, oh! sorpresa de los viajeros! el hermoso lunar, que fijaba la atencion de todos, habia desaparecido del rostro de la jóven i se veia sobre el labio superior de su prometido... Esa encantadora transmigracion habia sido la obra de un beso furtivo dado en medio del peligro i de la oscuridad....!

Es probable que la introduccion del abanico i de los guantes de Preville dieran lugar en su respectivo tiempo a críticas semejantes a las de que fué víctima el quitasol. Aquellos objetos se consideraban no solo como elementos de molicie sino como licenciosos... i esto que no éramos mui espartanos, pues era la época en que los brazos iban desnudos i en que el corpiño del vestido subia apénas tres dedos sobre la cintura. Nuestras mujeres se asemejaban entónces a las Sirenas: medio

cuerpo vestido, que era el de pescado i medio desnudo, que era el de mujer. Pero ese traje estravagante no se consideraba una licencia. Verdad es tambien que esa moda venia de Francia, de la época del Directorio; ese afortunado período en que las mujeres no ocultaban nada, en que el pié descubierto como la mano, ostentaba ricos anillos, i la pierna desnuda, pulseras como los brazos!

La revolucion francesa, que tampoco fué avara de escotes, ejerció tambien sobre nosotros su poderosa influencia. Las ideas de la revolucion penetraron en Chile por el traje, esto era por lo ménos lo que se veia esteriormente, sobre todo en los hombres. El frac o la levita apretada, de largas mangas o faldones, de cuello fenomenal, en forma de jigantesca golilla; el peinado a lo Mirabeau o a lo Barnave. ¿Cómo no impedia la España esa escandalosa imitacion de los mas terribles figurines? Talvez la revolucion política i social se ocultaba en los faldones de las levitas francesas como artículo perseguido i de contrabando, pues así a lo ménos lo revela el grito belicoso de 1810.

Desde entónces los trajes han cambiado de forma pero no de carácter, hasta hoi dia en que puede decirse que las mujeres han vuelto a la edad primitiva o que visten *el desnudo*, pues sus trajes en vez de ocultar sus formas sirven admirablemente para diseñarlas mejor, presentándolas mas seductoras, gracias al arreglo interior de los contornos. La verdad es que nuestra madre Eva, con solo la hoja de higuera, no estaba ménos desnuda que las mujeres del dia, i si hoi se paseara en aquella *toilet* por la Alameda de Santiago quizá no escandalizaria a nadie.

IV

Los hombres galantes

La galantería es el refinamiento de la civilizacion. Siempre que el arte brilla, que la industria florece, que el bienestar i la ilustracion se hacen jenerales, dominan tambien las ideas galantes i caballerescas, i así como aparecen pintores, escultores i poetas célebres, así tambien pasean por los salones, en medio de las ricas porcelanas i de los bronces admirables, esos hombres elegantes i finos, que son objetos de arte vivos i que simbolizan las costumbres de su época.

Ya se comprenderá fácilmente que para que

tales hombres existan se necesita de un teatro brillante: son como los grandes actores que no nacen en todas partes sino adonde hai aficion i proteccion por el teatro. Por eso es que entre nosotros los hombres galantes nacieron con la república, es decir, con nuestra civilizacion, con nuestro movimiento social, con nuestros adelantos materiales.

La galantería era flor desconocida durante la vida colonial. En aquella sociedad monótona, triste, pobre, silenciosa, apénas se comprendia cierto ceremonial de etiqueta; desde que no existia el salon, la tertulia, el club, el baile, el teatro, no habia por consiguiente atmósfera respirable para los hombres galantes. Es cierto que no faltaron durante la colonia sus aventuras romanescas, sus dramas de argumentos conmovedores, pues en toda época i en toda sociedad ha existido el amor, i entónces como ahora habia tambien sus calaveras mas o ménos brillantes i sus Don Juan mas o ménos afortunados; pero este tipo comun no corresponde al de nuestros héroes.

Los gobernadores españoles, muchos de ellos hombres de corte, no podian llevar en Santia-

go una vida galante. Las relaciones frias i poco íntimas que la política española les aconsejaba mantener con los criollos no era el ménor de los inconvenientes. ¿Cuál fué el primero de entre ellos que rompió con ese estirado i ridículo ceremonial que hacia una falta de una sonrisa franca i de un apreton de manos afectuoso?

Cabe este alto honor al señor Marin de Poveda, marqués de Cañada Hermosa.

Era el presidente de Chile, es decir el señor Marin de Poveda, un hombre de aspecto varonil i de maneras distinguidas; no era jóven ni hermoso pero poseia ese don especial que vale tanto o mas que la juventud i la belleza: la simpatía. Apasionado i ambicioso, soñaba con formar en Santiago, al rededor de su modesto palacio, una pequeña corte que reuniera todo cuanto de hermoso i elegante poseia entónces la capital colonial. De esta manera las noches se pasarian un poco mas agradablemente. La alta sociedad podria por lo ménos prolongar sus veladas hasta las diez de la noche en verano, sin que se la pudiera acusar de trasnochadora. Fué, pues, en esos salones semi

oficiales en donde se bailaron los mas alegres *cuandos* i los mas graves i solemnes *minué* de la época, donde se pronunciaron talvez las primeras frases galantes que hirieron dulcemente los sencillos oidos de las beldades santiaguinas.

Pero el presidente de Chile no solo tenia admiracion por la danza sino que tambien profesaba un culto profundo a las mujeres hermosas, entre las que descollaba una jóven de quince años que en aquella época, en que las mujeres se casaban de doce, era ya toda una mujer formal. La bella niña llamada Valentina, pertenecia a una aristocrática familia, como que era sobrina del jeneral don Gaspar de Ahumada, que dió su nombre a la comercial calle que hasta ahora lo lleva.

Un dia Santiago amaneció febrilmente ajitado: veíanse salir de las casas solariegas mujeres que cuchicheaban en voz baja; penetrando al interior de las casas veíanse en los grandes salones damas elegantes que demostraban en sus rostros i en los ademanes de su conversacion la indignacion i el asombro. ¿Cuál era la causa de este estraño movimiento? Tratá-

base de un escándalo brillante, cuyo autor habia sido el mas elevado personaje de la colonia, de un desaire a toda la sociedad santiaguina, de un àcto galante del presidente para con la jóven Valentina, de que no se tenia precedente, de que no habia memoria hasta entónces.

El hecho se referia de la siguiente manera: la familia de Valentina habia salido a dar un paseo en calesa. Eran las tres de la tarde i al llegar a la plaza el aristocrático carruaje, entrando por la calle del Rei, habia perdido una de sus ruedas. Con motivo de este accidente las pacíficas mulas estuvieron a punto de sublevarse. Por fortuna pasaba en esos momentos la carroza del presidente: el marqués se lanza afuera, detiene las mulas, abre la puerta de la calesa, baja de ella a las hermosas damas i sombrero en mano las obliga a aceptar su dorada carroza. Hasta aquí el hecho era perfectamente correcto; pero lo que no se podia perdonar al presidente era el obsequio que habia hecho de su flamante carroza, la mas lujosa de Santiago, a la familia de Valentina.

Este hecho galante, el primero que recuer-

da la crónica caballeresca de aquella época, dió vida durante muchos meses a los salones de la capital. I cosa estraña! hai quienes atribuyen a este acto de cortesía la separacion del marqués de Poveda del mando de la colonia. ¿La supicaz política española vió en esta galantería un peligroso indicio de influencia criolla en el ánimo del presidente? Indudablemente: se creia sin duda que tales manifestaciones no solo comprometian la dignidad del representante del rei, sino la soberanía misma del monarca.

Pero como todo pasa i se olvida, la era de los presidentes galantes no se estinguió con el marqués de Poveda. Pocos años despues Santiago, vestido de sus mas ricas galas, celebraba verdaderas fiestas reales para recibir dignamente al nuevo soberano que le enviaba el rei de las Españas.

El nuevo señor, que no era marqués sino simplemente caballero de Alcántara, se apellidaba Cano de Aponte, i era la figura mas arrogante que hasta entónces se habia paseado por las calles de la capital. Amable, obsequioso, galante, llegó a ser en poco tiempo el

ídolo de las damas. Venia dominado por una gran ambicion que solo atenuaba algun tanto el noble deseo de transformar la ciudad en la cual debia pasar feliz i adorado el resto de sus dias.

Ya entónces la fisonomía de Santiago habia cambiado notablemente; las ideas habian progresado demasiado; muchas familias francesas se habian establecido en la ciudad i modificado las costumbres. Se vivia ménos en la iglesia i mas en los salones; el vecindario se acostaba mas tarde i se levantaba tambien mas tarde, i la última moda del peinado i del traje principiaba a preocupar a las hermosas bisabuelas de nuestras abuelas. Ya nadie se asombraba, como en los tiempos del marqués de Cañada Hermosa, de un hecho galante.

Una noche, una noche fria del mes de julio de 1708, grandes fiestas teniān lugar en los salones del presidente. Como dicen los cronistas de hoi i de siempre «todo lo que Santiago tenía de mas hermoso, de mas aristocrático i elegante se habia dado cita en la réjia morada.» Habia la novedad de tocarse por la primera vez algunos instrumentos. Numerosas

calezas esperaban a la puerta formando una larga fila i hasta jentes de *tapada* se asomaban por las ventanas.

Esa noche estaba destinada a presenciar una galantería digna de Versailles.

Eran las diez i el baile se habia interrumpido por un momento. Una de las mas hermosas i elegantes damas, doña Emilia de Uribe, habia roto el rico collar de perlas que ocultaba su rosada garganta.

Las perlas cubrian el pavimiento i los concurrentes, como otros tantos Bukingham, pisaban sobre ellas.

Este incidente desgraciado, que habia entristecido algun tanto a la señora de Uribe, habia tambien enfriado la fiesta.

Cano de Aponte se presenta al instante en el salon llevando suspendido en sus manos un collar de perlas mucho mas valioso que el que acababa de destruirse. Era la alhaja mas rica que hasta entónces habia llegado a la colonia.

Todas las damas dirijieron al collar una de esas miradas profundas i ardientes que las mujeres fijan en las joyas.

El presidente se acerca galantemente a la

señora de Uribe i envuelve al rededor de su lindo cuello las ricas perlas.

Todos los hombres aplaudieron involuntariamente; todas las damas, ménos la de Uribe, se mordieron los labios.

Cano de Aponte fué proclamado el hombre mas galante de Santiago; pero muchas damas no le perdonaron jamas esta galantería.

La guerra de la independencia puso a la moda a muchos hombres. En esa época de incesante ajitacion, de reveses i de victorias, se vivia mui rápidamente. I cosa estraña! el salon estaba en íntima relacion con el campamento. Desde que los hombres mas aristocráticos de la sociedad figuraban en el ejército, el estruendo de las batallas resonaba con la misma fuerza en el corazon de las grandes damas que en el de las mujeres del pueblo. Todos estaban ligados por iguales sentimientos: el de la patria i el de los íntimos afectos.

Por eso cuando las campañas permitian un lijero interregno, cuando se suspendian las hostilidades por algunas horas, los salones se abrian de par en par i una juventud hermosa, entusiasta, valiente, enamorada de todo lo

grande se precipitaba en ellos. La amenaza del comun peligro habia hecho desaparecer la etiqueta, i un sentimiento jeneral de amor i de fraternidad estrechaba todos los corazones. Era mas difícil brillar en esos momentos desde que solo se estimaban las grandes dotes del espíritu i del corazon.

Los Carreras eran los héroes de estas reuniones, así como eran tambien los primeros soldados del ejército. La popularidad gloriosa de que gozaban, el valor temerario i audaz, el talento superior, el jenio altivo, todo esto formaba al rededor de esos jóvenes una atmósfera de cariño, de admiracion i de incienso. José Miguel especialmente atraia sobre sí las miradas de todas las mujeres. Sus hermosos ojos que espresaban no sé qué profética inquietud, cierta predistinacion terrible oculta en el fondo de una dulce tristeza, le daba todo el aspecto de un héroe popular i de romance.

Se referia de él hechos de una galantería temeraria. Una historia un tanto sarcástica ha llegado hasta nuestros oidos. Se le habia invitado a un baile en Santiago i habia prome-

tido a una dama que concurriria a él aun cuando fuera necesario perder una batalla. El dia de la fiesta llegó, i José Miguel Carrera se encontraba a mas de cuarenta leguas de la capital. Recórdando súbitamente su promesa, Carrera se puso en marcha recorriendo en veinte horas la inmensa distancia. Despedazado, jadeante, casi muerto entró en Santiago a las oraciones. Siendo indispensable reposar un momento para dar brio a su cuerpo i lucidez a su espíritu, el galante soldado se arrojó en su lecho recomendando a su asistente le despertara a las nueve de la noche para asistir al baile. El buen hombre cumplió estrictamentete con la órden; i a las nueve de la mañana siguiente despertaba a su jeneral. Carrera habia galopado cuarenta leguas, que tenia que volver a recorrer todavía mas de prisa, para dormir una noche en Santiago!

Pero hasta en el mismo dia de su trájica muerte, hasta en las gradas mismas del patíbulo, José Miguel Carrera fué siempre un hombre galante. Se sabe que cuando marchaba al suplicio divisó en un balcon a una hermosa dama, su amiga, que con los ojos anega-

dos en lágrimas le veia marchar a la eternidad. José Miguel Carrera la sonrió dulcemente descubriéndose ante ella con la misma cortesía que si lo hiciera en la Alameda de Santiago. Tal era el temple de aquellos hombres que arriesgaban su vida por la patria i por la mirada de una mujer hermosa!

Manuel Rodriguez, el célebre guerrillero, que hizo las campañas de las sorpresas i de los golpes audaces, brilló en los salones de Santiago en los mismos dias de la revolucion i del terror. Espíritu inquieto i turbulento desorientaba al enemigo con su admirable guerra de intrigas i de engañifas. Miéntras se le perseguia en el campamento él se hacia presente en los salones, se le veia en la plaza pública i hasta en el palacio mismo de Marcó. Héroe mas propio del romance que de la historia, sus aventuras tenian el prestijio de lo increible. Hermoso i célebre encantaba a las mujeres porque finjia la pasion o la sentia verdaderamente, espresándola en un lenguaje apasionado i vehemente. El peligro contínuo que rodeaba su vida i la zozobra que su presencia despertaba en los salones daba a sus

aventuras un doble valor. Jugaba su cabeza en cada sonrisa i en cada frase galante.

Se referia que una noche, al salir de un salon, dando el brazo a una dama, un grupo de soldados españoles le esperaba para prenderle. Al verlos Manuel Rodriguez se dirijió a ellos.

—I bien, ya es nuestro! les dice con la mayor calma, estad prontos para prenderle.

Los soldados, creyéndole uno de sus jefes, le dejaron pasar. No se imajinaron un instante que ese hombre elegante i fino pudiera ser el terrible montonero.

Lady Dundonald, la esposa de lord Cochrane, juzgando a los hombres de la revolucion i a la revolucion misma, habia dicho una vez: —«Es curioso que este pais no haya sido libertado por sus hombres mas sencillos i fuertes sino por sus hombres mas elegantes.»

I en efecto hasta en los mas serios i emcumbrados personajes de la revolucion la galantería era algo natural e innata en ellos Así se decia de Blanco Encalada que habia capturado a la *María Isabel* «de guantes i corbata blanca.» Esta frase, de moda entónces, retrataba la vida íntima del héroe.

Nunca vió nuestro ejército figura mas aristocrática que la de Blanco Encalada. Aquel marino, mitad espartano i mitad parisiense, sabia arreglar admirablemente la severidad de sus deberes con la encantadora facilidad de sus maneras. Sorprendia encontrar ese temple de acero dentro de esa fisonomía delicada i de una acentuacion tan noble i franca.

Los años nunca debilitaron aquella rica naturaleza tan llena de fé i entusiasmo; así se vió en los dias de la segunda guerra contra España a ese anciano glorioso, levantarse casi del borde de la tumba i retar a la escuadra española a un duelo singular, con fuerzas iguales, casi cuerpo a cuerpo, como en los torneos caballerescos de la edad media. Era que el ilustre marino, a los setenta i cinco años, conservaba intacto el viejo espíritu animoso i galante de su época.

Otra figura que no seria justo dejar en el silencio, es la del jeneral Calderon; considerado como uno de los tipos mas acabados del hombre galante. Ese jefe que no tiene pájinas brillantes en la historia militar de la república, que no fué vencedor ni vencido, ha

dejado, sin embargo, una memoria que recuerdan con cariño las bellas damas de entónces i que aun viven.

Calderon habia tenido un nacimiento de príncipe; a lo que debia talvez en gran parte la rapidez de sus ascensos. Habia nacido capitan por gracia especial del rei de las Españas, que no concedia tamaño honor sino a los príncipes reales. Era amable i de una elegancia verdaderamente perfumada. Se decia que sus mejores victorias las habia obtenido en los salones; i así era la verdad porque sus mas grandes batallas las habia peleado sobre las alfombras de las casas de Santiago.

Se refiere de él un hecho que personifica al hombre: Calderon, ya viejo, tuvo sin estar enfermo el presentimiento de su muerte. El galante i ya achacoso paladin sufria talvez la nostaljía de los recuerdos. Se veia destronado por la nueva i brillante jeneracion que se alzaba a su vista. Calderon se preparó tranquilamente para el largo viaje, despidiéndose de todas sus relaciones como si fuera a emprender una escursion de placer. El presentimiento habia sido tan leal i profundo que el dia si-

guiente, despues de haber estrechado la mano de su última amiga, moria tranquilo como un caballero que ha cumplido con el último de sus deberes.

I el viejo jeneral murió mui oportunamente! A su espalda se alzaba ya la nueva jeneracion en que figuró Cárlos Bello, el poeta i novelista romántico de la época; Francisco de Paula Rodriguez, que siendo jefe de un batallon de la guardia nacional, hizo que su tropa rindiera las armas a la hermosa i distinguida dama a quien él rendia el culto de su corazon; Francisco Echeverria, llamado el *Monte Cristo*, por su opulencia i esplendidez, i cuyo baile dado a la sociedad de Santiago, en que se veian inscripciones de brillantes en las murallas, se recuerd a todavía como una fantasía oriental; Florencio Blanco, una especie de Octavio de Parisis; Luis Cousiño i tantos otros que brillaron como dioses en medio de esas masas de elegantes que no saben llevar un frac, ni decir una frase, verdaderas fuerzas negativas que hacen en los salones el papel de las poltronas.

V

El nacimiento de la escena dramática.

Podria decirse sin incurrir en un grave error histórico, que durante los siglos de la colonia no existió propiamente entre nosotros el teatro dramático. Solo en los grandes festejos oficiales, que tenian lugar a la recepcion de cada nuevo presidente, se organizaban representaciones teatrales. ¿Qué comedias o qué sainetes se ponian en escena? ¿Quiénes eran aquellos cómicos de una noche, que tan pronto como caia el telon volvian a los quehaceres de la vida ordinaria despues de haber sido objeto de una ovacion o de una rechifla? La historia de

esos proscenios improvisados, que duraban lo que una noche de baile, ha quedado casi oculto en el misterio de esos siglos sombríos.

Parece, sin embargo, que las primeras representaciones dramáticas tuvieron lugar en Santiago en 1654, no a consecuencia del arribo de un nuevo presidente sino a propósito de las solemnidades relijiosas de la iglesia de la Compañía. Los estudiantes organizaron durante varias noches de ese año, reprentaciones a lo divino, poemas u oraciones a manera de diálogos. Estando reconcentrada en el templo toda la vida social de la colonia, era natural que los primeros proscenios se alzaran en el interior de los cláustros. Aquellas representaciones tenian un carácter esencialmente relijioso; podria asegurarse que el público asistia a una distribucion sagrada, a una fiesta mística, en que se predicaba a los devotos bajo una nueva forma oratoria. Era el púlpito que se desarrollaba trasladándose al proscenio.

Miéntras el teatro conservó este carácter, fué indudablemente un auxiliar eficaz de la propaganda relijiosa, i los cómicos no podian ser jentes malditas, como lo aseguraba después

el obispo Alday, sino mas bien misioneros cuyos sermones accionados eran de una eficacia suprema. El pecador sufria su castigo i la virtud obtenia su premio sobre las tablas mismas del proscenio. Actores que blandian espadas colosales decapitaban a los pecadores causando entre los fieles del auditorio un saludable terror. El diablo era casi siempre el primer cómico de estas trajedias sainetescas, que en vez de un fin social tenian un propósito puramente espiritual i de propaganda mística. Durante esta curiosa época teatral los actores debieron ser personas de alguna importancia social; nos confirma en esta creencia la relacion que hace el señor Concha de las representaciones dramáticas con que se celebró en la Serena, en 1748, la aclamacion de Fernando VI. A esas representaciones fueron invitados los eclesiásticos i sacerdotes, los caballeros i damas de distincion. Las señoras mas aristocráticas se hicieron un honor en vestir a los actores, adornándolos con sus mas ricas joyas, a semejanza de lo que hacian con las imájenes de los templos que las grandes damas tenian bajo su patrocinio. Se suscitaba tambien entre

ellas la competencia respecto de la que arreglaba mas lujosamente a su protejido, como sucede hoi dia con los altares de *Córpus*.

Solo en la ciudad de Concepcion, cuna de la antigua aristocracia de Chile, el teatro tuvo un carácter mas social. A la llegada a esa capital del señor Marin de Poveda, que venia a gobernar el reino de Chile en 1693, el cabildo organizó fiestas espléndidas, figurando como parte mui principal del programa la representacion de catorce comedias, entre ellas el *Hércules chileno*, primera obra de nuestro teatro nacional, i cuyo orijinal se ha perdido desgraciadamente en la noche intelectual de la colonia. A las fiestas por el arribo de Marin de Poveda, siguieron las organizadas para celebrar el matrimonio de este alto personaje con una de las hijas del marqués de Villa Fuerte, la mas linda limeña que jamás lució su gracia i su donaire en los frios i ceremoniosos salones de entónces. Durante varias noches esas bodas réjias se celebraron con bailes i comedias. Los actores eran probablemente jentes de alto tono, pues solo concurrieron a estas representaciones las personas invitadas que

eran escojidas entre la sociedad mas distinguida.

Sin embargo, pronto perdió el teatro su primitiva tendencia aristocrática para hacerse la entretencion de la canalla; figurando el teatro como fiesta popular en los programas oficiales, las representaciones perdieron el carácter exclusivo de oraciones o poemas divinos que habian tenido hasta entónces. Los autos sacramentales fueron reemplazados por comedias o dramas sociales, de problemático buen gusto, de dudosa moralidad. El amor, los celos, el odio, la ambicion, todas las pasiones humanas tuvieron sobre aquellas humildes tablas sus intérpretes mas o ménos afortunados; la noble carrera del arte dramático descendió a la soldadesca ignorante, a los lacayos, a los domésticos o esclavos: aquellos actores se disputaban el honor de transformar la fisonomía de sus personajes en monstruosas caricaturas. El auditorio entablaba con ellos diálogos animados, les reconvenia familiarmente i exijia mas exactitud i verdad en la representacion de algunas escenas; los actores aceptaban o rechazaban las observaciones segun su capricho o el tono

en que se las hacia. En jeneral las funciones tenian lugar en medio de dichos picantes o groseros i de carcajadas estrepitosas. Aquellos cómicos impresionaban rara vez a su público, i cuando obtenian un triunfo, era gracias a la exajeracion de sus contorciones o a las inflecciones ridículas de la voz. No es pues estraño que en tales condiciones el teatro llegara a ser considerado como una escuela de corrupcion i como el mas inmoral de los pasatiempos; i tan arraigada estaba esta preocupacion hasta en el espíritu de la jente ilustrada, que Carvallo, uno de los historiadores mas circunspectos de nuestra vida colonial, atribuye en gran parte la moralidad de la sociedad santiaguina—comparándolas con las de otras capitales hispano-americanas—a la falta de espectáculos teatrales permanentes!

Solo a fines del siglo XVIII el teatro principió a tomar cierta importancia; por primera vez se dió en Santiago una serie no interrumpida de representaciones. La compañía era compuesta esclusivamente de hombres, haciendo los papeles de mujeres algunos muchachos que se escojian entre los mas hermosos. En

1793 representó por primera vez una mujer de bastante belleza física i de alguna importancia social, causando curiosidad i escándalo esta aparicion femenina sobre un proscenio público.

En ese mismo año un empresario particular, don Narciso Aranas, elevó al cabildo una representacion para que se le permitiera construir una casa especial para comedias; pero el obispo Alday dirijió inmediatamente una carta al presidente Jáuregui, oponiéndose a la concesion que se solicitaba. Son curiosos los argumentos en que el buen prelado fundaba su oposicion a la creacion de un teatro permanente. Su ilustrísima se empeñaba en demostrar que era pecado mortal asistir a semejantes espectáculos i citaba en favor de sus ideas las opiniones de Bossuet i del príncipe de Conti. Refutaba a los que aseguran que el teatro moderno es mas moral que el antiguo, diciendo «que todas las piezas de teatro, antiguas o modernas, tratan de amores i galanteos, i si la espresion es mas pulida i fina en las últimas el daño es mayor, pues se disimula mas el veneno.»

Pero ni siquiera los humildes actores de entonces quedaban escentos de la temible argumentacion del obispo Alday. No puede negarse, decia su ilustrísima, que los cómicos son reputados como personas infames i de vida relajada, por cuya causa en algunas partes se les priva de los sacramentos. Las comediantas especialmente, miéntras mas célebres han sido por su habilidad tanto mas conocidas han sido por su libertinaje. El obispo, gran amigo de citas, referia que Madama Ana Enriqueta de Francia se abstenia de asistir a las comedias, porque segun dijo una vez a una amiga de su confianza,—«sufria viendo a esos cómicos que se condenaban por divertirla.»

El obispo terminaba su carta con un argumento que en todas las épocas ha sido poderoso: un argumento de economía doméstica. El comercio del reino, decia, está en crísis; el precio del trigo ha bajado, los cordobanes i zuelas no tienen el valor de ántes, los jéneros de Castilla no dejan el lucro de otro tiempo; i sin embargo el lujo crece, las casas cambian sus menajes, las libreas de las servidumbres son mas costosas; i si todavía vamos a crear

nuevas necesidades introduciendo las mil exijencias del teatro, el reino se arruinará mas fácilmente.

El presidente O'Higgins no satisfecho con la carta filípica del obispo pidió informe al oidor don Juan Rodriguez Ballesteros, i la opinion de este encumbrado personaje fué contraria a la del prelado. «En las representaciones a que he asistido en Santiago, decia el oidor, no he visto acto alguno que se oponga a las buenas costumbres. El pueblo necesita nuevas entretenciones sencillas i honestas.» Pero ya fuera por falta de proteccion de las autoridades o por la influencia que talvez ejerció la carta de Alday, el teatro no se construyó, postergándose su realizacion para una época de mayor libertad e ilustracion.

El teatro se hacia cada dia una necesidad mas imperiosa en aquella sociedad que carecia por completo de toda clase de distracciones: pruébalo así los repetidos esfuerzos hechos para organizarlo seriamente. Los fracasos de algunos empresarios no desalentaban a otros. En 1795 don Ignacio Torres elevó al cabildo una solicitud para que se le permitiera

representar algunas comedias durante los dias de carnaval. El cabildo contestó que no solo accedia a esa solicitud sino que creia laudable se fomentara en Santiago una diversion que a mas de entretener honestamemte a los concurrentes les instruia i aun mejoraba sus costumbres.

El cabildo de la ciudad estaba, pues, en materia de espectáculos teatrales en completa contradiccion con el cabildo eclesiástico: miéntras este creia que el teatro era un elemento de corrupcion que no debia tolerarse, aquel estimaba las representaciones teatrales como un medio de ilustrar i de moralizar al pueblo. I es curioso observar que miéntras el clero se oponia a la creacion de un teatro dramático para el público, toleraba, sin embargo, dichas representaciones en el interior de los monasterios.

En efecto, todos los años tenian lugar en el interior de los claustros, ya para celebrar al santo Patrono de la órden o para agazajar dignamente al ilustrísimo obispo el dia de su visita a los monasterios, representaciones de sainetes i autos sacramentales que atraian a

esos misteriosos recintos una numerosa concurrencia de eclesiásticos, de damas i caballeros. Qué noche aquella! Qué mundo de preparativos absorbia por completo la atencion de las buenas madres! Nunca se charló tanto al rededor de los proscenios mundanos.

Aquellos sainetes místicos, confeccionados en el interior de los locutorios, a la luz de la cera bendita, eran de una severidad cruel. Se prohibia el amor, tema principal e indispensable en toda comedia humana, i por consiguiente su argumento se reducia a una charla trivial en que se comentaba el asunto mas vulgar. Todos los actores eran mujeres; i cuando era indispensable que apareciera en escena la figura de un hombre, del sacristan o del médico, ese hombre tenia que presentarse en el traje femenino, pues los pantalones estaban absolutamente prohibidos. El bigote i el sombrero eran los únicos atavios masculinos que se permitian. Aquel horror al otro sexo debia despertar en las novicias sospechas i curiosidades peligrosas; i es tan cierto que con ese empeño tenaz por presentar a los hombres como un objeto de horror—que es

uno de los grandes propósitos de la enseñanza monástica a fin de inspirar adversion al matrimonio—solo se consigue despertar la malicia i dar vigor a sentimientos que talvez no se despertarian jamas, que una noche, despues de la representacion de un sainete cómico, en uno de los monasterios principales de la ciudad de Lima, una traviesa novicia huyó con su prometido, que era tambien una jóven pensionada que hacia el odiado papel de hombre. Aquellas imajinaciones soñadoras hacian del amor un ideal que realizaban en la union espiritual de sus dos almas.

Esas representaciones de carácter esencialmente relijioso contribuyeron a disipar algun tanto las preocupaciones i antipatias que existian contra el establecimiento definitivo de un teatro público. ¿Por qué podia ser malo i peligroso para el mundo lo que podian ver sin escándalo las severas abadesas i las tímidas novicias de los monasterios? El cabildo de 1799 trató tambien a su vez del establecimiento de un teatro dramático. Esa idea, que habia nacido i muerto tres veces en el espacio de seis años, volvia nuevamente a estar a la

órden del dia. Se queria penetrar en el siglo XIX llevando realizado ese gran progreso social. Un acta del último cabildo santiaguino del siglo XVIII, acta que lleva la fecha de 30 de Marzo de 1799, dice: «que teniendo por útil el establecimiento de un teatro permanente, que no solo proporcione entretenimientos honestos sino que dirijido con arte instruya i eduque a la juventud, se admiten las propuestas para la fundacion de una casa de comedias, bajo las siguientes condiciones,...» Esas condiciones eran, entre otras, que el teatro fuera espacioso i elegante, con suficiente número de puertas de entradas segun lo prescribe el arte para esta clase de edificios; que el empresario manifestara las piezas dramáticas o líricas a los revisores que el gobierno nombrara con ese objeto, etc., etc., etc. El acta consignaba tambien el derecho de entrada grátis para los cabildantes. No faltó, pues, requisito alguno por consignar. Solo faltó que se llevara a cabo la obra.

El siglo XIX se inició en condiciones mui poco propicias para el teatro: se preparaba la representacion de la gran trajedia de la inde-

pendencia, que tenia por escenario a toda la América, i el pueblo prestaba mui poca atencion a los mezquinos sainetes cuyos argumentos se desenvolvian desahogadamente sobre un tablado cualquiera. I cosa estraña! uno de los personajes ménos apropósito por su posicion social para ocuparse de asuntos triviales, fué el que tomó a su cargo la tarea de crear entre nosotros el gusto por el teatro, declarándoses su protector i cifrando su vanidad en ese título bombástico. Ese gran señor que se humanizaba con el arte, apesar de llevar sobre su pecho casi todas las grandes cruces de las órdenes caballerescas de España, era don Casimiro Marcó del Pont.

Ya se comprenderá, por el nombre del protector, el espíritu de aquellas representaciones, que tenian por principal objeto distraer la atencion del público del gran problema que se debatia i dar prestijio a la reyecia espirante. Marcó, inquieto i tímido, se encontraba siempre rodeado de sus satélites i secuases en el interior de su palco, en cuyo frente se ostentaba el escudo español con sus leones ya caducos. Marcó se hacia conducir al teatro con

ostentoso aparato i fué aquí donde Manuel Rodriguez tuvo muchas veces el honor de abrir la portezuela de su carroza, jugando risueñamente su cabeza por darse el placer de esa aventura audaz.

Se representaban en este teatro dramas de efectos en que se ponian en relieve las grandes cualidades del carácter español. Las piezas que obtuvieron mas éxito fueron *La constancia española* i *El Emperador Alberto*. Las funciones terminaban con algunas canciones i pantomimas. Marcó gozaba o aparentaba gozar con el talento de sus malos actores. En jeneral las canciones eran groseras i el baile descarado i cínico; Marcó estaba ahí como supremo jefe de la fiesta alentando la licencia i protejiendo la estravagancia; sus cómicos mas queridos i a quienes favorecia obsequiándoles el producto de las funciones, se llamaban el actor Brito i la actriz Morales. La *Gaceta del Rey* elojia, mas todavía, pondera el talento de ambos artistas.

El público, ya fuera por aficion o por no desagradar al déspota, asistia en gran número a estos espectáculos; mas de una vez, sin em-

bargo, se hicieron notar tímidas manifestaciones de desagrado, ora silbando a los artistas, ora oyendo en medio de un sepulcral silencio el elojio de algun príncipe Borbon i hasta el de la misma majestad de Fernando VII. Una noche, en medio de un gran desórden, un jóven exaltado pidió a gritos que se condujera al Santa Lucía a uno de los actores pifiados. Marcó, que entónces construia las famosas fortalezas del Santa Lucía, calificó este grito de sedicioso i ofensivo a la dignidad casi real de su persona, e hizo poner preso al autor en las mismas fortalezas cuyo nombre habia profanado.

Entretanto en medio de aquellas representaciones en que la orjía cómica parecia un disimulo o pretesto para ocultar el miedo, otra escena mas grandiosa se destacaba en el fondo i fijaba la atencion del público emocionado: miéntras Marcó se divertia con sus danzantes, un ejército descendia de los Andes i al ruido de sus pasos huian despavoridos todos aquellos histriones i farsantes dejando abandonado i solitario el proscenio de sus triunfos efímeros.

Cuando la república fué creada sobre las bases de la libertad i del progreso social, nació nuevamente la necesidad del teatro; la aspiracion por ese entretenimiento indispensable de los espíritus ilustrados se hacia cada vez mas poderosa. Algunos periodistas, entre ellos Garcia del Rio, pedian al director O'Higgins llevara a cabo la construccion de un teatro, en que se representaran los grandes sucesos históricos que sirven a los pueblos de enseñanza i de leccion. O'Higgins, que creia tambien que el teatro era una alta escuela en que las sociedades modernas deben perfeccionarse, encargó a uno de sus edecanes, don Domingo Arteaga, la construccion de un teatro provisional i la organizacion de una compañía dramática.

Arteaga era un jefe distinguido; hombre de mundo i hombre elegante, tenia por las artes i especialmente por el teatro una verdadera pasion; recibió con gusto la honrosa comision i gracias a su entusiasmo se levantó en la calle de las Ramadas, i se estrenó en diciembre de 1818, con una compañía cuyos actores eran en su totalidad soldados españoles prisioneros en

los recientes combates, el primer teatro que levantó la república.

El nuevo teatro provisional llegó en poco tiempo a ser insuficiente para el numeroso público que lo frecuentaba. Se pensó entónces en construir un edificio especial i se levantó el célebre i ya histórico teatro Nacional de la calle de la Compañía, que ha sido nuestro primer gran proscenio dramático.

El teatro nacional tomó una rápida importancia. Aquellos cómicos improvisados, venidos de los cuarteles de la Península para sostener la tiranía, fueron reemplazados por actores de mérito que habian hecho del arte una profesion gloriosa.

El público que asistia a los espectáculos se modificaba tambien: el teatro ya no era solo la entretencion del pueblo sino el pasatiempo de las clases mas ilustradas. La sociedad distinguida no se desdeñaba, como en la época colonial, de concurrir a esos lugares que veinte años ántes habia declarado malditos el obispo Alday i de manifestar publicamente su complacencia a los actores de su agrado. Las damas principiaban a ostentarse vestidas de

gran *toilet*, i los mas notables escritores de la época no se desdeñaban de hacer atmósfera a esa tendencia rejeneradora de nuestras costumbres, que no solo educaba el gusto literario i artístico de la nueva sociedad sino que le enseñaba las grandes virtudes cívicas.

Camilo Henriquez i los demas grandes escritores vieron en el nacimiento del teatro algo mas que una entretencion destinada a refinar nuestros gustos; el teatro era para ellos una «escuela de moral pública i un órgano de la política.» Esta idea dominó por completo durante los primeros años i a ella se debió el carácter trájico de las primeras representaciones. Los héroes griegos i romanos se enseñorearon de nuestra escena. *La muerte de César*, *Caton de Utica*, *Roma libre*, *La Jornada de Maraton* fueron durante algun tiempo las piezas favoritas de nuestro público, Esa jeneracion de soldados i de luchadores que acababa de realizar la obra maravillosa de la independencia, no estimaba como dignos de su atencion sino los grandes actos públicos de civismo i abnegacion. Las piezas de pura entretencion o esclusivamente literarias eran

estimadas fútiles, enervantes i hasta corruptoras. La crítica desterró de la escena el *Si de las niñas*, de Moratin, i otras composiciones dramáticas de este jénero por nó corresponder al carácter que se habia impreso al teatro.

No satisfechos con este primer triunfo, los periodistas de la revolucion quisieron ir mas léjos realizando por completo no solo su ideal sobre el teatro sino su ideal sobre los grandes propósitos sociales de la revolucion. Para ellos la revolucion no habia tenido solo por objeto la independencia sino tambien la destruccion del réjimen teocrático: para alcanzar este segundo propósito se apoderaron del teatro, como de un poderoso medio de propaganda, levantándolo a la altura de una tribuna, desde la cual combatian los vicios políticos i sociales.

El *Aristodemo* fué la primera trajedia que se representó con este propósito. El clero, viéndose caracterizado de una manera odiosa, combatió tenazmente a la escuela liberal que se habia apoderado del teatro, i desde el púlpito, tribuna contra proscenio, lanzó sus rayos contra las impiedades del li-

beralismo triunfante. El impetuoso sacerdote Tadeo Silva se lanzó a la prensa i desde las columnas del *Observador Eclesiástico* combatia a la nueva escuela. Entónces se ofrecio el espectáculo estraño de ver a dos frailes, Camilo Henriquez i Tadeo Silva, de corifeos de dos bandos tan opuestos. Miéntras tanto el *Aristodemo* seguia representándose con un éxito desconocido en nuestra jóven escena.

Los descontentos consiguieron al fin que Freire nombrara una junta de censura que examinara la pieza, suspendiéndose interinamente su representacion; pero este acuerdo supremo no fué respetado i el *Aristodemo* continuó representandose en medio de la mas viva escitacion. El clero, acostumbrado a ejercer junto con su dominio espíritual la mas poderosa influencia social, no pudo resignarse a sufrir en calma esta primera i ruidosa derrota i recurrió a los medios mas violentos: se vió a respetables sacerdotes que a la luz del dia arrancaban de las esquinas los carteles en que se avisaba la representacion de la célebre trajedia. Se anunció desde el púlpito del templo de la Compañía, edificio situado en

frente del coliseo, que estaba próximo a caer fuego del cielo sobre el maldecido proscenio. El público devoto esperaba ver salir los ráyos que debian convertir en cenizas el teatro desde la misma iglesia jesuita.

Una historia inmoral, de que dan cuenta los periódicos de la época, contribuyó a aumentar la exaltacion de los espíritus. Se refirió con los mas tremendos detalles que un eclesiástico sexajenario habia intentado seduciar a una muchacha de doce años, hija de su lavandera. La niña se habia resistido victoriosamente i a sus gritos habian acudido los vecinos. Inmediatamente el teatro se apoderó del incidente escandaloso i lo llevó a la escena: se representó con un éxito que es fácil imajinarse en medio de aquella fiebre, el *Abate seductor*, drama en que se ponen en relieve los vicios mas ódiosos encarnados en un eclesiástico. La prensa recomendaba a todos los padres de familia llevaran sus hijas al teatro, «para que se persuadiesen que las maneras del *Abate seductor* son las mismas que han usado i usan los presentes abates de nuestro suelo.»

Algunos escritores prestijiosos, entre ellos

don José Joaquin de Mora, recomendaban las representaciones de las grandes obras clásicas del teatro frances, especialmente de Moliére; don Andres Bello abogaba por las obras de Breton, de Scribe i de Moratin. Las ideas de este ilustre crítico modificaron algun tanto las teorías revolucionarias que dominaban respecto del teatro; pero los empresarios i los cómicos que vivian al calor de aquellos debates, que aprovechaban admirablemente de la exhaltacion dominante, trataron de reaccionar contra la nueva tendencia i lo consiguieron todavía. Preciso es confesar, sin embargo, que no todos los artistas eran güiados por este sentimiento egoista de lucro personal, pues algunos, como el actor Ambrosio Morante, el mas célebre de su época, era un volteriano de ilustracion nada comun; empapado en la lectura de los filósofos del siglo XVIII, era esencialmente batallador, i estaba de acuerdo con el carácter de propaganda relijiosa i política que los escritores de la revolucion atribuian al teatro. El predominio que el talento de Morante ejerció en el público, eclipsando en la escena a su prestijioso rival el actor Cáce-

res, lo colocó en situacion de continuar en el teatro la propaganda iniciada i sostenida por los críticos liberales.

Morante era un actor de gran fuerza; su fisonomía espresaba con vigor las emociones que ajitaban su alma; poseia una voz poderosa i una accion natural i enérjica. Puede decirse que este artista fué el que primero impresionó vivamente al público representándole con verdad los principales papeles del repertorio de la época. Durante algun tiempo, el arte dramático estuvo simbolizado en este actor i bajo la influencia de su talento nacieron i se desarrollaron algunos artistas nacionales, entre los que se recuerda a la célebre Luisa Rodriguez que, segun es fama, ha sido no solo la artista mas intelijente sino tambien la mas hermosa que haya producido nuestra estéril e infecunda escena dramática.

Bajo la direccion de Morante, nuestro teatro tomó rápidamente una alta importancia; fué este actor el que introdujo entre nosotros una verdadera novedad teatral: el uso de los trajes característicos del personaje que aparecia en escena. Antes de Morante, el servicio escénico

adolecia de las mas chocantes anomalías. Cáceres habia representado el papel de *Duque de Viseo*, trajedia de Quintana, vestido de sarjento de un rejimiento español, traje que habia sido recojido en el botin de nuestras batallas. Morante puso en ejecucion esta misma pieza con un aparato escénico desconocido hasta entónces.

Pero el carácter mas notable de las representaciones de este artista, su tendencia dominante, era la de hacer observaciones i críticas sobre los sucesos del dia: tanto los hombres en boga como los acontecimientos ruidosos subian al proscenio de Morante lijeramente desfigurados. Era curioso, i solo la costumbre de la época podia tolerar que se intercalase una observacion cualquiera, un chiste o una crítica de nuestra actualidad social o política en medio de alguna escena de las antiguas trajedias clásicas. Los actores encarnaban sus pullas en medio de los diálogos mas interesantes, disfrazando sus observaciones bajo la forma de la parodia.

Tal costumbre, no solo creó a Morante muchos enemigos, sino que dió lugar a incidentes

deplorables, entre los que se recuerda el que motivó la broma que hizo de la palabra *pelucon*, apodo con que se principiaba a designar a los conservadores. La broma del actor favorito levantó en el teatro una verdadera tempestad de aplausos i de protestas, pues los aludidos pretendieron conducir a la cárcel al irreverente actor. Morante, irritado con las censuras i críticas personales i ofensivas de que sus adversarios le hicieron objeto, meditó i llevó a cabo una burla atrevida que fué su última gran aventura en el proscenio.

Encontrándose en Santiago el nuncio apostólico, señor Muzzi, acompañado de su secretario el célebre Mastai Ferretti, despues Pio IX, Morante concibió la idea de representar un drama titulado *El falso nuncio de Portugal*, en que figurarian dichos personajes, sobre los cuales estaba reconcentrada la atencion de nuestra sociedad. El plan era atrevido i vasto; pero Morante podia realizarlo porque era audaz i activo. Buscó sus elementos en las sacristías de nuestras iglesias; obtuvo de la misma catédral muchos de los ricos ornamen-

tos que se empleaban en el servicio divino, i organizó de esta manera la mas espléndida procesion alegórica que jamas se haya visto en nuestros teatros. No se olvidó del mas pequeño detalle: Morante tuvo la crueldad de taparse un ojo, apareciendo tuerto como Muzzi.

Fácil es imajinarse el escándalo que produciria esta broma atrevida en que se ridiculizaba a hombres que investian un carácter tan elevado. La prosecion alegórica penetraba solemnemente por la platea i de ahí subia al proscenio: el público se apiñaba al rededor de los cómicos haciendo las observaciones i las burlas mas picantes; el trueno de la risa estallaba en la platea, i aquello terminaba en una cencerrada frenética, en medio de la cual Muzzi i Mastai eran objeto de invectivas jocosas i mordaces.

Entre tanto la escena dramática, dejenerada en burla popular, principiaba a decaer; las señoras, ofendidas en sus sentimientos, se retiraron del teatro, los hombres ilustrados, disgustados al ver esa culta entretencion convertida en sátira personal, hicieron tambien el vacío a

su derredor; los actores, viéndose sin público, se alejaron en busca de otro proscenio, i el teatro dramático murió entre nosotros por haber perdido la forma del arte.

VI

El lirismo i el romanticismo en boga.

Noche de grandes emociones para la sociedad de Santiago fué la del 21 de abril de 1844. Esa noche se estrenaba en la ópera *Julieta* i *Romeo* la célebre compañía lírica en que figuraba Teresa Rossi i Clorinda Pantanelli, compañía que ha sido el punto de partida que ha tenido entre nosotros el arte lírico.

Puede decirse que por primera vez se iba a disfrutar en Santiago de las delicias de un espectáculo semejante. Es verdad que en 1830 habia funcionado una compañía lírica, que fué la primera que nos visitó, en la que figu-

raba la soprano Scheroni, la contralto Caravaglio i el barítono Possoni; pero, ya fuera por la situacion en que entónces se encontraba el pais, ya por lo incompleto de la compañía, lo malo de los cantantes o por la ninguna idea que se tenia del teatro, el público concurrió en escaso número i por consiguiente la empresa hizo fiasco, alejándose de nosotros, despues de habernos dado a conocer las siguientes óperas de Rossini: *El engaño feliz*, *Cenerèntola*, *Barbero de Sevilla*, *Tancredo*, *Eduardo i Cristina* i la *Gazza Ladra*, en que, al decir de los santiaguinos, los artistas ladraban verdaderamente.

El recuerdo que dejó esta compañía fué, pues, de los mas triste. Viejos críticos de la época aseguran que aquello era detestable. La Scheroni, que era la soprano dramática, la soprano lijero i ademas contralto, cuando habia necesidad, era una artista mui gastada; la otra dama, la Caravaglio, era contralto i hacia los papeles de tenor; los demas miembros de la compañía no eran cantantes ni actores, eran audaces calaveras que lo intentaban todo i que ni siquiera alcanzaban a parodiar pobremente una

ópera. Hemos oido decir a una dama, que en su niñez asistió a aquellos espectáculos convertidos hoi en asuntos históricos, que en el *Barbero de Sevilla* Rossina salia en traje de mora, lo mismo que en el *Otello*, i que en la escena en que baila don Bartolo, el tutor i la pupila se ponian a bailar una gavota; i luego llegaba Fígaro, hacia a un lado al doctor i comenzaba una zamacueca con Rossina. Unas cantoras petorquinas entonaban la famosa cueca, i la orquesta dejaba a un lado a Rossini... La impresion que dejó esta compañía fué tan desagradable, que el público se formó la idea de que nada habia mas insufrible que un espectáculo lírico, no pudiendo imajinarse que existieran cantantes capaces de deleitar al ménos exijente.

Mui distintas eran las condiciones bajo las cuales se presentaban los nuevos artistas: el gusto por la música se habia desarrollado en 1844; habia en los salones aficionados, como la señora Isidora Zegers, que eran verdaderos artistas, profesores que eran verdaderas notabilidades, como Barré, que habia obtenido el primer premio en el conservatorio de Paris, i

Lanza, que tenia una reputacion parisiense. Habia tambien una juventud numerosa i entusiasta, talvez la mas brillante juventud que haya producido esta fecunda tierra.

Los artistas, especialmente las mujeres, eran de mérito sobresaliente. Teresa Rossi mujer fina, flexible, parecia cimbrarse en la escena; su tez era blanca, pero algo tostada por el sol de Italia; sus ojos azules oscuros, hasta parecer negros, color misterioso que dejaba entrever la esperanza i la duda. Parecia que en su niñez habia sido rubia; pero el tiempo, que cambia hasta el color del oro, habia teñido sus cabellos, dejando en duda su verdadero color, como sucedia con el de sus ojos. Al reflejar sobre su cabeza la luz de las bujías, parecia distinguirse algunas hebras doradas que denunciaban el color primitivo de sus cabellos. —Clorinda Pantanelli era de regular estatura i de una fisonomía agradable e intelijente; sus brillantes ojos negros espresaban toda la pasion i vehemencia que habia en su alma de artista; cuando sonreia, i éste era uno de sus raros encantos, parecia que su sonrisa iluminaba su rostro. Era una de esas mujeres que tienen

algo de sério i de cómico a la vez, que son dulces i altaneras, i que cuando se las contemplahacen pensar en Dios i recordar al diablo.

Antes de darse a conocer en la escena estas dos notables artistas, se inició en la prensa una curiosa polémica que fué el preliminar del estreno. La primera funcion anunciada era *Julieta i Romeo*, debiendo hacer la Rossi el primero de dichos papeles, pues era la soprano, i la Pantanelli el segundo, que es para contralto. Pues bien, algunos imajinaron que el reparto era desacertado, porque la Rossi era mas alta i tenia una fisonomía mas varonil que la Pantanelli, i por consiguiente era mas a propósito para el papel de *Romeo*. Estos futuros *dilettantis* no tomaban para nada en cuenta el carácter respectivo de la voz de ambas artistas, dando mayor importancia a la cuestion fisonómica. Por fortuna no fueron escuchados, i la combinacion anunciada, que era la verdadera i natural, salió triunfante.

La noche del estreno de la compañía, el feo teatro de la Universidad estaba resplandeciente, no por los dorados i las luces, sino por ese

otro resplandor, mas seductor aun, que emana de las mujeres hermosas. A juicio del *Siglo*, la concurrencia pasaba de mil cuatrocientas personas de lo mas elegante i distinguido de Santiago. Una secreta emocion hacia palpitar todos los corazones; se esperaba algo casi desconocido: la revelacion de un nuevo placer, de uno de esos goces íntimos del espíritu i del corazon.

La representacion de *Julieta i Romeo* fué admirable: los diarios de la época, el *Siglo* i el *Progreso*, algunas de cuyas revistas se atribuyen a don Andrès Bello, llenan sus columnas con elojios dirijidos a los artistas, la narracion de los incidentes del drama, la impresion del público. El tierno i dramático poema de Shakespeare habia conmovido intensamente a las mujeres; sus corazones sencillos, vírjenes de las impresiones del arte, ajenos todavía a las mil preocupaciones que la moda i el desenvolvimiento de la sociedad han hecho nacer despües, se abandonaban por completo a las emociones del amor ídeal, de los sublimes sacrificios, de los jenerosos esfuerzos. Estas manifestaciones se hacian públicas; nuestras mujeres aun no habian aprendido a ocultar;

vivian en todo el esplendor de su inocencia i de su sencillez. Todavía no habian sido arrojadas del paraiso, i parecian no tener necesidad de la hoja de higuera. Se presentaban tales como eran. No ocultaban su belleza física con cosméticos i aguas primaverales i divinas, ni su belleza moral con la coquetería i la afectacion.—Por eso, en las escenas patéticas, miéntras los hombres aplaudian con frenesí i llenaban el proscenio de ramilletes i coronas, las mujeres lloraban de placer i de emocion. Los poetas daban tambien libre vuelo a su fantasía cantando el arte i las dos nobles intérpretes que el lirismo tenia entónces entre nosotros. Hé aquí dos estrofas tomadas al acaso de algunas de esas composiciones, i que si no son un modelo de inspiracion, son una muestra de la poesía de la época:

«Clorinda celestial, Rossi divina;
No sé si seais de los celestes coros,
Mas, cuando os oye el alma, se imajina
Del cielo oir los cánticos sonoros,»

Otro poeta pedia a la Pantanelli, desde las columnas del *Siglo*, hiciera de Chile su segunda patria.

«Clorinda, tu Italia bella
Por nuestro Chile florido
Cambia—Si Italia descuella
Sobre un mundo envejecido,
Chile es de América estrella,
Es el pueblo prometido.»

La Pantanelli, como se sabe, oyó el ruego del poeta, e hizo de Chile su patria adoptiva.

En presencia de este movimiento estraño, los artistas vivian sorprendidos; habian llegado a un mundo primitivo en arte, en que todo era una revelacion; cada estreno era un triunfo. El éxito que obtuvieron *Norma*, *Lucrecia*, *Marino Faliero*, *Lucia*,—en que la Pantanelli hacia el papel de Edgardo—es algo que pareceria inverosímil ahora. Terminadas las representaciones, los artistas eran objeto de grandes ovaciones. La noche del beneficio de la Pantanelli, en que se representó *Norma*, toda la concurrencia esperó a la grande artista a la puerta del teatro, i habiendo la beneficiada subido a una calesa en compañía de la Rossi, el público desenganchó los caballos i condujo a las dos artistas hasta su casa en medio de una ovasion continuada. I los que estaban al

frente de este movimiento rejenerador, que tenia el noble objeto de elevar el talento i el arte en un pais a donde ningun homenaje se les habia rendido hasta entónces, eran los que componian la juventud dorada, que brillaba en el parlamento, en el foro, en los salones mas aristocráticos. El *Progreso*, dando cuenta de esta manifestacion, decia al dia siguiente:—«Aplaudimos el entusiasmo de nuestra juventud i nadie puede vituperar lo que puramente nace de un corazon ajitado por placeres nuevos, intensos i desconocidos.»

El entusiasmo i la pasion por el teatro continuaron, pues, en aumento. Durante el espectáculo, las mujeres, con los ojos fijos en el proscenio—que aun no se habia hecho de moda volverle las espaldas—seguian con profundo interes el desarrollo del drama, se identificaban con los personajes, adivinaban un idioma que la jeneralidad no conocia.—*El Siglo* pedia editorialmente la enseñanza del italiano en todos los colejios nacionales!—Los salones mas aristocráticos estaban abiertos a los artistas. Algunos viejos *dandys* de la época recuerdan con placer, pero con cierto amargo

desencanto, comparando la época presente, las cenas artísticas que eran reuniones de alto tono, pero tambien de alta confianza en las cuales junto con el champaña se desparramaba el injenio, la broma sutil i amable, la alegria atronadora i franca de una juventud entusiasta. Los buenos tiempos se van como los dioses; dejándonos solo adorables recuerdos. ¡Quién habria sido entónces bastante escéptico para profetizar que la Rossi habia de abandonarnos para siempre sin hacernos falta; que la Pantanelli, semejante a la Déjazet, habia de morir aislada entre nosotros, abandonada como una santa reliquia de Jerusalen en manos de incrédulos i de herejes, i que sobre su tumba solo se dejaria oir el canto de un poeta infantil, Scutti Orrego, que nunca la vió en el proscenio de su gloria, sino solo en los dias de su caduca vejez!

Bajo tan felices auspicios, el Teatro Lírico inició su desarrollo. Numerosos artistas, atraidos por el bullicio de los aplausos, llegaron a Santiago, entre ellos, Casanova ha dejado recuerdos imperecederos, que no ha logrado estinguir ni el talento de Rossi Ghelli. Casanova

es el artista de aquella época que ha dejado mas simpáticos recuerdos. Debió ser efectivamente un actor i un cantante de gran mérito, cuando su memoria ha podido salvar el olvido i la ingratitud popular. Su voz de barítono era suave i tierna; tenia la ajilidad de un soprano lijero; su figura era hermosa, sus maneras distinguidas, su accion irreprochable. Representaba con la misma verdad a Fígaro i a Cárlos V.

Con artistas de esta importancia, que tenian todas las condiciones de las celebridades, i cuya aparicion por estos paises se debia a causas estraordinarias, el público se apasionó por el Teatro Lirico i lo hizo su único pasatiempo. Se esperaba con impaciencia las noches de funcion, que eran solo tres por semana, i la sala se veia ocupada por completo. El teatro no era como hoi una exijencia de la moda si no una necesidad del espíritu.

Las mujeres, mas impresionables que los hombres, tomaron esta pasion con mas entusiasmo que ellos; trataron de identificarse con las heroinas que veian sobre las tablas, quisieron ser amadas de una manera distinta de

lo que lo habian sido hasta entónces, i exijieron de sus pretendientes i prometidos sacrificios inútiles que no habia necesidad de ejecutar; a la encantadora sencillez que las realzaba ántes, sucedió cierta afectacion de sentimientos. El romanticismo principió a hacer sus primeras víctimas. Los bellos colores del rostro se eclipsaban; aquellas mejillas tersas i rosadas, que anunciaban la salud del cuerpo i la tranquilidad del alma, fueron reemplazadas por una palidez convencional. Las ojeras se hicieron de moda. Sufrir! fué la última espresion de la felicidad. Hubo niñas, i no inventamos, que bebian vinagre para palidecer i enflaquecer. La tísis terminaba bien pronto la obra iniciada por el romanticismo. En la Filarmónica muchas mujeres se desmayaban por lo apretado del corsé. Ai! podriamos citar los nombres de muchas lindas jóvenes a quienes el sepulcro arrebató en toda la flor de su juventud, en todo el esplendor de su belleza, víctimas de esa monomania insensata.

La moda del traje correpondia tambien a esta situacion del espíritu. Segun el *Progreso*, el traje en boga en el verano de 1845 era el

siguiente: por la mañana —pues ya las santiaguinas principiaban a vestirse varias veces al dia, poniendo tambien en moda las pulmonias —vestido de oryandi, cuerpo a lo Lucrecia Borgia, plegado, cintura redonda, mangas lisas, faldas con dos volantes mui anchos, escote un poco bajo i rodeado de un encaje mui angosto, chal de bareg con listas mui anchas, sombrilla a la antigua. El traje de paseo i de visita consistia en un vestido de tafetan, de cuerpo liso, mangas a lo Amadis, manchetas a la Puritana; manteleta de tarlatan orlada de un vuelo festoneado, sombrero de crespon de medios colores, adornado a la jardinera. Este traje, neglijente i despreocupado, correspondia al estado de los ánimos, i hasta los mercaderes de muebles seguian el ejemplo, inventando los sillones a la poltrona, que se llamaban tambien *las soñadoras.*

Entónces fué cuando se apoderó de las mujeres un verdadero furor por poseer nombres novelescos: las que se llamaban Ramona o Bartola cambiaban sus nombres por Elvira, Lucía, Lucrecia, Elena o Julieta. Aquello era insoportable, i daba lugar a desmayos, solo

pronunciar un nombre vulgar. Todos los Alfredos i Arturos que hoi tienen de 30 a 35 años nacieron en aquella época, pues las madres destinaban a sus hijos desde la cuna, no para doctores en teolojía o medicína, sino para héroes de romance.

El gusto literario tomaba naturalmente el mismo rumbo. Se principió a leer con furor las obras de Víctor Hugo, de Alejandro Dumas, de Jorje Sand; lo que era arrojar a la hoguera nuevo combustible; los diarios daban doble folletin de las obras de esos escritores. La novela Leone Lione, de Jorje Sand, publicada por el *Progreso*, dió a este diario una importancia especial. Todo se reunia para hacer mas destructora la propaganda.

La literatura nacional representaba fielmente el gusto i el sentimiento reinantes; nunca ha habido en Chile novelistas i poetas que jimieran con acento mas dolorido; aquello era un desgarrador concierto de suspiros i de lágrimas. El drama de Cárlos Bello, *Los amores de un poeta*, tuvo casi el mismo éxito que el de *Anthony* en Francia. Pronto se encontró que el lirismo no espresaba las pasio-

es en toda su vigorosa desnudez, i se recurrió al teatro dramático patibulario: Bouchardy fué el autor favorito. *Los treinta años o la vida de un jugador*, *Los seis escalones del crimen*, se representaban noche a noche ante un público nervioso i sediento de impresiones; i para que nada faltara al cuadro, para que hubiera tambien sus nobles víctimas, que recordaran esta fiebre i esta locura humana, Casacuberta, el terrible protagonista de estos dramas, muere, como Molière, sobre el proscenio del teatro.

Pero la exajeracion de los sentimientos románticos habia llegado a tal grado, que se hacia indispensable volver a la realidad; lentamente, las mujeres fueron saliendo del letargo en que vivian sumerjidas, despertando de su poético sueño al ruido del oro, al bullicio de la vida ajitada, de las ambiciosas especulaciones en que los hombres se habian lanzado a los gritos de Chañarcillo! i despues California! Fueron arrastradas en el torbellino de los intereses i de los goces materiales, i cuando restregaron sus hermosos ojos, estaban ya contaminadas con la fiebre dominante i talvez

recordaban con vergüenza los hermosos dias del sentimiento i del entusiasmo infantil en que se meció la cuna de nuestra literatura i de nuestro arte.

VII

LO QUE ERA EL ARTE EN SANTIAGO.

(Una aventura en 1840.)

En 1839 o 1840 llegó a Santiago un caballero de nacionalidad francesa, de hermosa figura, de maneras distinguidas, de elegante traje. La blanca i bordada pechera de su camisa ostentaba dos ricos brillantes, i un tercero mas rico todavia se posaba sobre uno de sus dedos; su reloj era una joya admirable; la empuñadura de su baston era de oro bruñido; una pequeña cinta, emblema de una cruz de honor, adornaba uno de los ojales de su levita. Su persona respiraba alegría, salud, elegancia, i

ese suave olor a esencias, propio de los hombres del gran mundo, de los artistas o de los jugadores de club. Su edad era apénas de cuarenta años, i su nombre.... llamábase M. Adolfo G.

Se aseguraba que M. Adolfo G. era conde; él no lo decia porque sus ideas eran republicanas; pero habia dejado presumirlo. Si ostentaba en su ojal la cinta de una condecoracion era solo porque esa cruz premiaba un hecho heróico que recordaba con orgullo. Las otras cruces no las usaba, porque significaban distinciones aristocráticas. Por otra parte M. Adolfo G. era un *turista;* viajaba por placer. Dueño de una gran fortuna, llevaba consigo sus colecciones artísticas, verdaderamente admirables. Venia a Chile para contemplar en toda su grandeza la cordillera de los Andes, subir hasta la cumbre del Tupungato o del Aconcagua i despues regresar a Europa, i talvez escribir sus viajes.

Pero M. Adolfo G. encontró en Chile un clima tan delicioso, una naturaleza tan encantadora, una sociedad tan hospitalaria, mujeres tan bellas i hombres tan amables, que se deci-

dió a gozar durante algun tiempo de todos estos estraños encantos. En pocos dias hizo numerosas relaciones. Tocaba el piano con maestria, i lo que era mas raro entónces, cantaba con tanto sentimiento algunas romanzas—se entiende que solo en el seno de la confianza i de la intimidad— que se dejaba comprender fácilmente que ese hombre mas bien que por amor a la naturaleza viajaba por curarse de una pasion desgraciada. ¡Qué hermoso i simpático tipo para conquistarse la estimacion i el cariño de los dos sexos!

Fastidiado de la vida de hotel, M. Adolfo G. se instaló pronto en los altos de una elegante casa que decoró con esplendor. Ricos tapices i cortinajes, muebles de una forma estraña, divanes, otomanas, bules cargados de lindos juguetes, jarrones del Japon o de la China, todo lo que anhela el *confortable* i acaricia la imajinacion se veia ahi reunido. Las habitaciones de M. Adolfo G. eran verdaderos museos de arte. Las murallas estaban cubiertas de pinturas al óleo, de buenos i malos autores, las buenas eran copias, las malas orijinales; veianse tambien acuarelas, sépias, gra-

bados, daguerreotipos, fotografías, dibujos a la pluma i al lápiz atribuidos a celebridades. Bronces que representaban a *Fausto*, solo o acompañado de *Margarita*; a don *Quijote* solo o acompañado de *Sancho*; mármoles que simbolizaban dioses i ninfas; en una palabra todo un mundo histórico o alegórico. A primera vista aquello deslumbraba; pero un ojo intelijente habria descubierto que aquellos orijinales no eran tales, que aquellos bustos de Colon, de Shakespeare, de Washington, de Goethe, de Voltaire, de Napoleon, no eran de bronce sino de hierro colado, i aquellos mármoles de Rousseau, de Franklin, de Molière, de Lafontaine no eran mármoles sino loza. Lo único que habia de verdadero mármol de Carrara era un grupo que representaba a dos muchachas pasando un pantano—el de su vida talvez—con los vestidos remangados i la hermosa pantorrilla al aire libre!

Todos estos adornos, todos esos dijes de la industria francesa, hoi tan abundantes, eran entónces mui escasos en Santiago. Los grandes salones solo se decoraban con espejos.

La mas célebre pintura no habria hecho

arrancar de su trono a una de esas costosas lunas venecianas que tenian como coronamiento alguna escena olímpica. Nuestro gusto ha sido siempre ostentoso i solo mui recientemente las obras de arte han principiado a ser conocidas i estimadas. Los salones de M. Adolfo G. se hicieron célebres en poco tiempo, siendo mui visitados por el mundo elegante; pero nunca se supo que el espléndido dueño de todas aquellas curiosidades, tan jeneroso en otros casos, obsequiase una sola, pues cada una de ellas tenia para él un valor especial, un recuerdo de familia, de historia, una aventura cualquiera en que los cuadros i las figuras habian representado un papel mui importante.

Pero la ambicion santiaguina por poseer algunos de aquellos objetos iba a ser satisfecha mui en breve. Un dia se anunció que M. Adolfo G. nos abandonaba, interrumpia sus viajes i regresaba inmediatamente a Paris, pues habia fallecido su tia, la duquesa de A., que lo dejaba único heredero de su inmensa fortuna; sus muebles i objetos de arte serian vendidos o rematados a cualquier precio. ¡Qué le importa-

ba al afortunado heredero perder unos cuantos miles en la venta de su mobiliario, con tal de realizar pronto!

Los salones de M. Adolfo G. fueron abiertos al mundo elegante i la venta principió. En un solo dia las habitaciones quedaron vacías. Todo se vendió a precios fabulosamente bajos; fué aquello una quemazon. Un Ticiano orijinal, se compró en setecientos pesos, un Rembrandt en quinientos, un cuadro de batalla de Horacio Vernet, que tenia el mérito de ser la tela mas pequeña que habia pintado ese artista, se vendió en ochocientos, i así sucesivamente. Un año mas tarde Monvoisin veia algunos de estos cuadros i se asombraba de nuestra credulidad. Los bronces i mármoles corrieron la misma suerte: una *Vénus*, valor de tres francos, fué vendida en setenta i cinco pesos; i el famoso grupo de *Fausto* i *Margarita*, que su dueño habia comprado en ochenta francos, fué vendido en seiscientos pesos!

M. Adolfo G. se ausentó de Santiago despues de sacar de sus muebles i colecciones mas de cuarenta mil pesos. Era esa probablemente la gran herencia de su tia la duquesa.

VIII

La fiebre del oro.

Al terminar la primera mitad del presente siglo, una tendencia estraña hácia los goces del materialismo se apoderó de nuestra sociedad: el amor a la vida literaria i romántica, tan en boga poco ántes, se habia calmado i una verdadera fiebre por adquirir riquezas dominaba todos los espíritus. Las noticias de los descubrimientos maravillosos de California habian herido la imajinacion de los chilenos, alhagando su ambicion i su espíritu novelesco i de aventuras. No se pensaba sino en poseer parte de aquellas inagotables riquezas a que la exaje-

racion i la fantasía impresionables de los primeros descubridores daban proporciones fabulosas. Jamas sociedad alguna ha sido mas poderosamente dominada por la pasion del oro.

En esos dias de inolvidables recuerdos, Santiago era una ciudad que se despoblaba: los políticos abandonaban los clubs, los abogados el foro, los industriales sus talleres, los estudiantes sus aulas, los elegantes desertaban de los salones, los poetas colgaban su lira, los amantes, los esposos, los hermanos se daban el abrazo de despedida.

—Adios, Elisa, decia un jóven besando la blanca mano de su prometida, volveré rico i te haré feliz!

—Adios hermana! Ya tendrás novio cuando vuelva, porque entónces serás rica.

—Madre mia, dame tu bendicion para que la fortuna me sea propicia!

I de esta manera una multitud inmensa, con sus maletas hechas i su saco de viaje en el brazo, decia adios a la patria, a la familia, a los amigos, a todos los goces del hogar, a todos los afectos del corazon, dominada por la ambicion de adquirir riquezas! Esa multitud

que se marchaba tenia todas las apariencias de un pueblo que huye de los estragos de una epidemia asoladora; i sin embargo esa jente abandonaba la dulce paz en que vivia, una medianía abundante o un bienestar relativamente envidiable, para ir en busca de la miseria i del hambre, de la muerte en el desierto i en el abandono!

Aquellas riquezas descubiertas a dos mil leguas de distancia ejercieron tal influencia en nuestra sociedad que hasta la fisonomía de nuestras grandes ciudades sufrió una súbita transformacion, contribuyendo a ello la numerosa emigracion yankee que se dirijia a California, por la via de Magallanes, i que se detenia algunos dias en nuestras ciudades. Santiago se convirtió en una capital alegre i comunicativa, en que la vida comercial tomaba un desarrollo estraordinario. Las grandes fortunas se lanzaban sin temor a toda clase de especulaciones; el oro circulaba en abundancia; los artículos de consumo triplicaban de valor; el amor al lujo i a las grandes empresas nacia tímidamente para convertirse luego en una pasion i despues en una calamidad.

Ir a California era la aspiracion universal; el ideal de los hombres i hasta el sueño de muchas mujeres. Los que se iban partian alegres i llenos de esperanzas; los que se quedaban soñaban con despertar millonarios a la mañana siguiente. Los mas tiernos adioses, el de un padre a sus hijos, el de un amante a su amada, no tenian el carácter desesperante de una separacion por tanto tiempo i a tan larga distancia: el dolor de la ausencia era endulzado por la esperanza de obtener fortuna. Todo lo doraba la espectativa del oro.

La corriente de emigracion en busca de los ponderados *placeres* tomó proporciones tan estraordinarias que alarmó vivamente a los que se preocupaban del progreso de Chile. El pais corria peligro de quedar desierto; a lo ménos estaba amenazado de perder la parte mas jóven, vigorosa e intelijente de su poblacion. Entónces se inició una activa cruzada contra la emigracion, i la sociedad se dividió en dos grandes bandos: a un lado figuraban los que creian que los emigrados regresarian cargados de riquezas i al otro los que presentian terribles desengaños. Los unos trataron

de hacer de los viajes hasta una cuestion de buen tono, poetizaban aquella vida de aventuras i de peligros léjos de la patria, caracterizaban con nombres especiales i apropiados a la fiebre que dominaba todas las modificaciones que la moda introducia en los trajes, de esta manera pusieron en boga los paletoes a la *Sierra nevada* i los sombreros *californinos*, que eran de felpa i algo parecidos en su forma a los famosos *mosqueteros* de la época de Artagnan.

Por su parte el bando contrario que se enorgullecia de sostener una cuestion de patriotismo i de conveniencia nacional, puso en juego todas sus influencias para detener la emigracion, echando mano hasta del ridículo en la prensa i en el teatro, pues se llevó a la escena del coliseo de la *República*, i se representó en medio de silbidos i de aplausos, una comedia de actualidad que se denominaba: *Ya no voi a California*! escrita por don Rafael Minvielle, a instancias, segun se aseguraba, del mismo gobierno.

I [illegible]a estraña! las manifestaciones de este jénero se hicieron de moda en el teatro. El

bríndis de Orsini en la ópera *Lucrecia Borgia*, cuya popularidad ha llegado hasta nuestros dias, en aquella época no debió su éxito a la belleza de su música, ni a la espresion con que lo cantaba la Pantanelli sino a los versos que en esa artista decia, cuya idea interpretaba fielmente la aspiracion i el sentimiento jeneral. Cuando la Pantanelli, blandiendo en sus manos la copa envenenada del vino de los Borgia, decia, dirijiéndose al público:

«El secreto para ser feliz
Yo lo sé i al amigo lo enseño:
Es tener bien provisto el bolsillo
De sonante metal amarillo
Que delicias i goces nos dé;
Yo me rio i me burlo del necio
Que afanoso no busca el dinero,
Es el oro el primer caballero
Porque el mundo se arrastra a sus piés.»

Una salva estruendosa de aplausos confirmaba esta amarga verdad.

Felizmente los enemigos de la emigracion le dieron un golpe terrible con la publicacion de un libro de M. Isidoro Combet en que con el título de *Aventuras en California*, se con-

taba con una gracia i un espíritu verdaderamente frances la situacion de la colonia chilena en aquel pais.

M. Isidoro Combet era un honorable comerciante frances que poseia en la calle de Huérfanos—en uno de los antignos edificios demolidos para levantar el pasaje Toro Herrera—un almacen de comestibles. Combet era mui conocido i querido en Santiago. Era de un carácter franco i jovial. Era gordo hasta ser monstruoso; gordura que popularizó Antonio Smith en una caricatura en que Combet apa recia en el centro de su almacen, con su fisonomía risueña i bonachona, rodeado de salchichas, de ostras i de camarones, i al pié de la cual se leia esta inscripcion: «Aquí se engordan hombres.»

El libro de Combet hizo una verdadera esplosion en Santiago. Su primera edicion se agotó en un solo dia i hoi ni en la Biblioteca Nacional existe un ejemplar. Ese narrador espiritual, que contaba la historia de sus propias aventuras i la de los elegantes santiaguinos que se habian dirijido a California en busca de riquezas i solo encontraban la mi-

seria, causó una profunda impresion. «Aquel jóven—habla Mr. Combet—cuya elegancia era notable en la *Alameda* i en el *Tajamar* dé Santiago, redùcido a vender bollos que un amigo amasaba!—Otro, cuyos artículos habian brillado en los periódicos de la capital vendiendo ensalada cuya verdura recojia en un prado cercano.—Un capitan de la guardia nacional, de figura marcial, vendia empanadas en las puertas de la iglesia de San José.—Un baron estranjero mui conocido en Chile por sus escentricidades, M. Montpellie, casado con una dama santiaguina, gritaba hasta desgañitarse—Naranjas a cuatro pesos la docena!»

Por lo que hace a M. Combet, el excelente hombre que por fortuna sabia dos o tres notas de música, se vió en la cruel necesidad de dar conciertos en compañia de otros artistas como él. En casa de una señora chilena habia encontrado un piano i una docena de duos, cavatinas i tercetos. Combet en posesion de estos elementos se puso al habla con sus demas compañeros, que eran tres mejicanos tocadores de guitarras i dos franceses, uno de los cuales tocaba la flauta i el otro el violoncelo.

Los trabajos de organizacion de tan famoso concierto se iniciaron inmediatamente. Se contrató un salon que un chileno arreglaba para café. Se hicieron los transportes necesarios para reemplazar los violines con las guitarras. El primer ensayo fué tan brillante que M. Risquene, otro de los concertistas, dijo a Combet, echándole los brazos al cuello— «Sublime, amigo, teneis vuestra fortuna en la garganta i despues de estos conciertos os llevo a Italia para perfeccionaros.»

Al dia siguiente circulaba un gran cartel anunciando el concierto, cuya parte dispositiva decia así:

«Aria final de *Lucia*, cantada por M. Maigrot (pseudónimo de Combet) ex-primer tenor de la catedral de Santiago de Chile i miembro corresponsal de las Academias de Música de Curicó (Chile) i de San Petesburgo »

Esta narracion franca de la vida llena de aventuras i de contratiempos que llevaban los chilenos en California, calmó el furor por los viajes i detuvo la corriente de emigracion. Las relaciones verbales de los individuos que regresaban desengañados hizo lo demas. Sin em-

bargo, California habia enriquecido a Chile; habia sido un mercado opulento abierto de improviso a los productos de nuestra agricultura. El grano de trigo se habia vendido como grano de oro.

INDICE